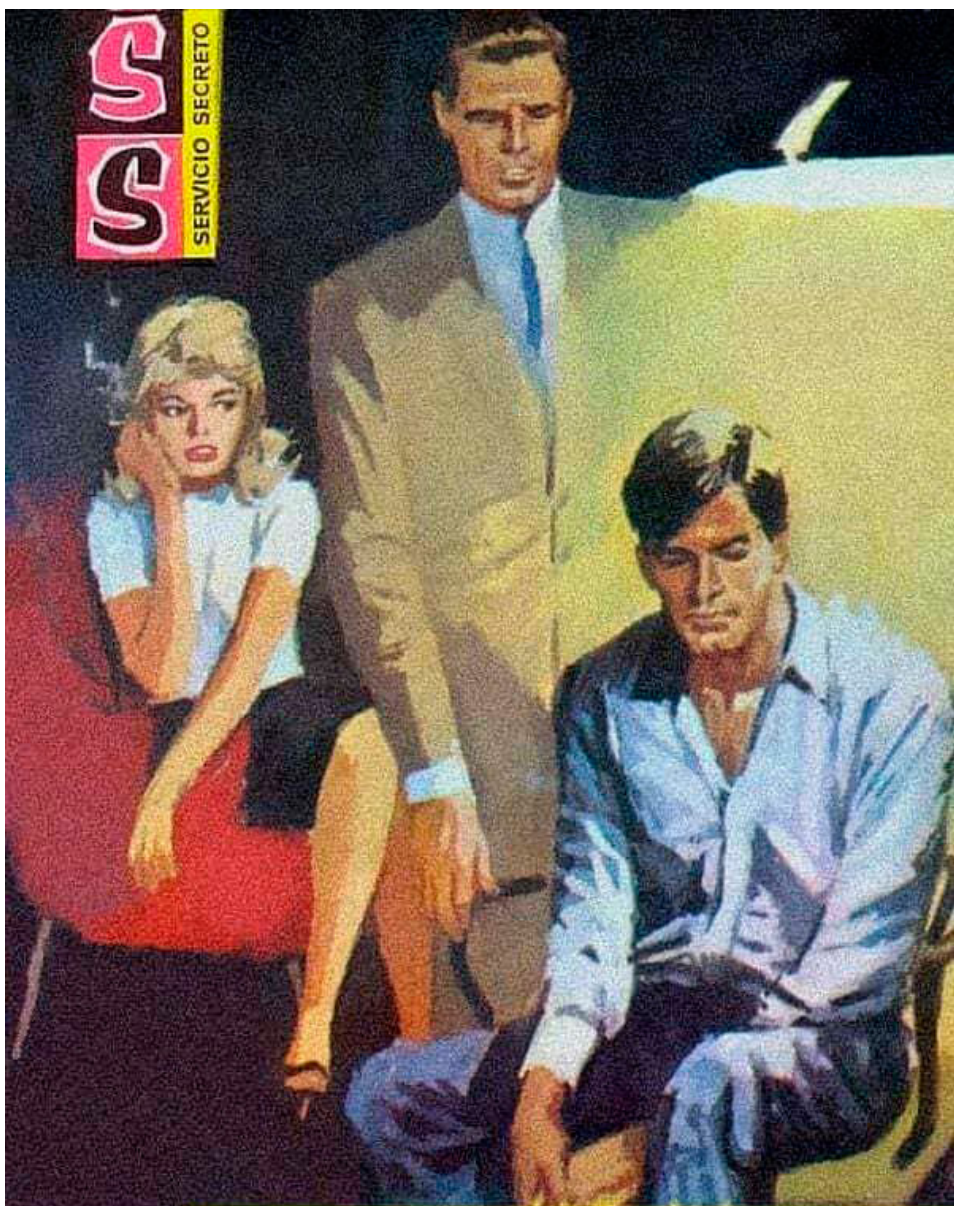


S
S

SERVICIO SECRETO



HORAS EN ROJO

clark carrados

BB

Acabo de despertarme. Como todos los días, por supuesto. Pero esto, que parece una perogrullada, tiene más importancia de la que pueda parecer.

Durante unos momentos permanezco inmóvil, con los ojos cerrados, en la agradable duermevela que precede a la vigilia. Dentro de unos momentos estaré en pie, listo para ducharme, desayunar y acudir a mi trabajo. Como todos los días, claro.

De repente advierto una cosa.

He terminado de dormir sin el auxilio del despertador.

Trato de analizar el hecho. Suelo ser metódico en mis cosas, aunque no un robot humano, claro está, pero estoy casi seguro de haber dado cuerda al despertador por la noche, al tiempo de acostarme. Mi hora de despertar son las siete de la mañana; media hora de aseo y desayuno y media hora más para trasladarme al lugar de mi trabajo.

Levanto la muñeca izquierda. Abro el ojo del mismo lado y miro mi reloj de pulsera. Marca las 9,01. ¡Diablos, mi patrón me va a poner perdido en cuanto me eche la vista encima! Oh, qué tonto; si hoy es mi primer día de vacaciones... ¡Eh! ¿Qué es esto?



Clark Carrados

Horas en rojo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 688

ePub r1.0

Lds 23.10.17

Título original: *Horas en rojo*

Clark Carrados, 1963

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



HORAS EN ROJO



REP. DON CLARK CARRADOS

CAPÍTULO PRIMERO

Día 1.º, a las 9,00 horas.

Acabo de despertarme. Como todos los días, por supuesto. Pero esto, que parece una perogrullada, tiene más importancia de la que pueda parecer.

Durante unos momentos permanezco inmóvil, con los ojos cerrados, en la agradable duermevela que precede a la vigilia. Dentro de unos momentos estaré en pie, listo para ducharme, desayunar y acudir a mi trabajo. Como todos los días, claro.

De repente advierto una cosa.

He terminado de dormir sin el auxilio del despertador.

Trato de analizar el hecho. Suelo ser metódico en mis cosas, aunque no un robot humano, claro está, pero estoy casi seguro de haber dado cuerda al despertador por la noche, al tiempo de acostarme. Mi hora de despertar son las siete de la mañana; media hora de aseo y desayuno y media hora más para trasladarme al lugar de mi trabajo.

Levanto la muñeca izquierda. Abro el ojo del mismo lado y miro mi reloj de pulsera. Marca las 9,01. ¡Diablos, mi patrón me va a poner perdido en cuanto me eche la vista encima! Oh, qué tonto; si hoy es mi primer día de vacaciones... ¡Eh! ¿Qué es esto?

Me siento de golpe en el lecho, súbitamente alertado. Entonces, noto que la quijada me cuelga repentinamente.

¡No estoy en mi lecho!

Completamente estupefacto, miro en torno mío. Debo de estar durmiendo todavía, me repito una y otra vez. No estoy ni en mi lecho ni en mi habitación.

Durante unos instante permanezco absorto Estoy sentado en una colchoneta de espuma de goma, tan ancha como mis hombros y de la longitud justa de mi cuerpo. Salvo una bombilla empotrada en un

globo de vidrio que hay en el centro del techo, la colchoneta es todo el mobiliario de la estancia.

Me paso la mano por la cara. Aprieto con los dedos índices y pulgar sobre la nariz hasta que siento un tremendo dolor en el apéndice nasal. No cabe la menor duda; estoy completamente despierto.

Vuelvo a mirar una vez más. La habitación es más bien un cubículo de 2x4, aproximadamente, toda ella pintada en un color gris, monótono, uniforme, sin grecas ni zócalos, de muros completamente lisos. El único detalle, repito, es el foco de luz del techo.

Lentamente, me pongo en pie. Una sorpresa más: salvo un pequeño *slip* que cubre mis caderas, estoy completamente desnudo. Nada de pijama ni cosa parecida: el *slip* y mi reloj calendario. La lámpara y la colchoneta, el *slip* y el reloj. Y yo; eso es todo cuanto hay en la habitación.

Aunque no soy un bebedor habitual, tampoco me disgusta un trago de cuando en cuando. Sin embargo, no cabera menor duda. Anoche no probé el alcohol, de modo que no existe la posibilidad de que, embriagado, haya ido a parar a una casa distinta de la mía. Pero ¡estoy seguro de que me acosté en mi cama!

¿Por qué, entonces, estoy aquí?

Grito. Mi voz choca con los muros que me cercan. Se oye un extraño retumbar, como si las paredes vibrasen al impulso de mis gritos. Sin embargo, nadie me contesta.

Camino unos pasos. Entonces me doy cuenta de la extraña frialdad del suelo. Para comprobar la repentina sospecha que acaba de surgir en mi mente, toco y golpeo las paredes repetidas veces. No, no cabe la menor duda, son de metal. A eso se debe el extraño vibrar cuando grito.

Ahora advierto una cosa que la sorpresa que he sentido al despertar me había impedido notar: tengo la lengua espesa y con mal sabor. Un sabor amargo, desagradable. Me invade la sospecha de que alguien haya podido narcotizarme para traerme hasta aquí.

Pero ¿por qué? Y ¿quién ha sido esa persona?

Me siento completamente aturdido y desconcertado. Por unos momentos me dejo llevar de la ira y golpeo frenéticamente las paredes con los puños. El metal resiste, me hace daño... debo cejar

en mis esfuerzos.

Empapado en sudor, me dejo caer en la colchoneta. Estoy terriblemente aturdido. No entiendo lo que me sucede; trato de esforzarme en adquirir la convicción de que me hallo bajo el influjo de una pesadilla... pero no es así; estoy total y absolutamente despierto.

Siento sed. Grito pidiendo agua. Nadie contesta. Me siento absurdamente indefenso, como un niño de corta edad perdido en una gran nave de fábrica, vacía y oscura. Terribles historias acuden a mi mente, poniéndome los pelos de punta. ¿Qué pretenderán hacer conmigo?

Súbitamente oigo un ligero chasquido. Levanto la cabeza.

Frente a mí hay una abertura. Es un orificio cuadrangular, de unos veinte centímetros de alto por treinta de ancho. Un vaso de vidrio, lleno de agua, brilla súbitamente.

La sensación de sed me golpea con fuerza la imaginación, más todavía que el estricto deseo físico. Me pongo en pie de un salto y corro hacia la abertura. No se ve nada al otro lado; es una especie de hornacina absolutamente hermética. Lanzo un par de gritos, pero nadie me contesta.

Agarro el vaso. El agua está muy buena y muy fresca. La bebo en dos o tres grandes sorbos. La sed huye. Me siento mucho más confortado. No tendré otro remedio que ser paciente y ver en qué para todo esto.

Dejo el vaso en el mismo sitio. La hornacina desaparece súbitamente. Llamo un par de veces, sin obtener ningún resultado.

La temperatura no es fría en el interior del cubículo, pero los pies se resisten al cabo del tiempo de estar posados directamente sobre un suelo de metal. Regreso a la colchoneta.

De repente ocurre una cosa extraña: las paredes se «ablandan».

Sí, ésa es la palabra exacta. Acabo de destrozarme casi los puños con mis frenéticas llamadas contra unos muros de durísimo e impenetrable metal y ahora, de pronto, veo que se curvan, se comban, adquieren mil posiciones distintas, todas ellas relacionadas con la línea curva, como si en lugar de acero estuviesen hechos de plástico flexible.

Dos de los muros se ponen en movimiento. Siento que se me pega la lengua al paladar. Quiero gritar, pero me siento incapaz de

emitir el menor sonido. Los ojos se me salen de las órbitas.

Las paredes que se mueven son las más largas, es decir, las correspondientes a los costados de mi habitación. ¡Van a aplastarme!

La colchoneta de plástico no será obstáculo; es una esponja muy flexible y capaz de soportar grandes presiones con un mínimo de volumen. Lanzo un alarido.

Las paredes están ya a menos de un metro de distancia entre sí. Continúan acercándose, lenta, inflexiblemente, en medio de un siniestro y pavoroso silencio.

Me vuelvo de perfil; ya no puedo permanecer como antes, es decir, de frente al trozo de muro por donde se me facilitó el agua. De pronto noto que las piernas me flaquean. Caigo sobre la colchoneta.

Me tiendo de costado. La distancia entre los muros es de menos de medio metro; la colchoneta se abarquilla ya.

Una intolerable agonía me invade. Voy a morir.

¿Por qué? ¿Quién desea mi muerte?

¿Quién me ha traído hasta aquí?

Bruscamente, me sumerjo en la inconsciencia. ¿Es la agonía?

Antes de perder el conocimiento, me parece que las paredes se separan, pero no puedo afirmarlo.

Abro los ojos.

Después de todo, resulta que no estoy muerto.

Día 1.º, a las 15,30.

Permanezco unos momentos inmóvil, tratando de reflexionar. Algo me sucede, esto es evidente. No lo entiendo, aunque haré todos los esfuerzos por comprenderlo.

Vamos a ver, me digo; anoche me acosté en mi habitación, en la casa de huéspedes de *mistress* Jones y me he despertado casi desnudo, en una habitación con muros de acero gris, sobre una colchoneta de espuma de goma. Me dieron un vaso de agua; posiblemente contenía un narcótico o alguna sustancia estupefaciente que primero me hizo ver visiones y luego me durmió. Los muros «blandos» que amenazaban con aplastarme y después...

Parpadeo. Ya no estoy en la celda de paredes de acero.

Por el contrario, me encuentro en una habitación decorada con lujo casi insultante; un lecho amplio cómodo, con sábanas de seda, lo mismo que el pijama que visto.

A la derecha hay un gran ventanal de vidrio, a través del cual se divisa un frondoso jardín, con un murmurante surtidor en su centro. Un par de cuadros de factura moderna cuelgan de las paredes. En un ángulo, una pequeña librería con dos docenas de volúmenes. Sobre la mesita de noche, un diminuto receptor de radio a transistores y una jarra con agua y un vaso.

Un poco más allá de la mesita veo una puertecita. Calculo que debe comunicarse con el cuarto de baño. Me pongo en pie sobre una mullida alfombra de piel de cordero. Hay unas zapatillas.

El cuarto de baño está decorado en verde claro. Lo primero que se me ocurre es intentar la evasión. Prepósito frustrado; su única ventilación depende de un diminuto ventanuco de 20x20 cm, el cual, además, parece cerrado sólidamente.

Me aseó unos minutos. Noto sed y bebo directamente del grifo del lavabo; al menos, espero que esta agua no esté narcotizada. Ahora siento hambre. Diablos, a fin de cuentas, son más de las tres y media de la tarde y estoy sin probar bocado desde las siete y media de la noche anterior. De todas formas, no puedo hacer otra cosa que esperar. Alguien vendrá a verme, calculo.

Porque una cosa hay evidente: no sueño, no estoy soñando. Y la casa, sea de quien sea y esté donde esté, debe de hallarse habitada. Yo estaba en una celda de muros de acero y ahora me encuentro en otro lugar distinto. Está claro que me han cambiado de lugar mientras, dormía.

Regreso a la habitación contigua. Miro el reloj. Han transcurrido ya más de treinta minutos.

Pasan algunos más. De súbito, oigo un ruido en la puerta que da paso a la habitación.

Ésta se abre y...

Día 1.º, a las 16,30.

Una mujer penetra en la habitación, empujando un carrito muy bien provisto de alimentos. Alguien, del cual sólo veo una mano y el antebrazo, cierra la puerta desde afuera. Veo una bata a los pies del

lecho y me la pongo rápidamente.

Examino a la mujer críticamente, con rapidez. Es de mediana estatura y formas voluptuosas. Tiene el cabello muy negro y los ojos reidores, pero sólo en apariencia; tras aquellas pupilas negras se adivina algo no bueno ¿codicia?, ¿ambición?, ¿sensualidad?

—Sus labios, gruesos, carnosos, son muy rojos y al sonreír dejan ver una doble hilera de dientes blanquísimos.

En el primer momento, su aspecto resulta muy agradable y atrayente. Viste una blusa negra, de amplio escote, que deja ver sus hombros redondos y mórbidos, de blanquísimas piel, y el nacimiento de un seno abundante y harto comprimido por un ajustadísimo corpiño. Sus generosas caderas amenazan con romper en cualquier momento los rojos pantalones que viste y que le llegan hasta poco más abajo de las rodillas. Se calza con una especie de sandalias de altísimo tacón, tan afilado como un puñal, y para finalizar, calculo su edad en unos treinta y dos años, peligrosos, terriblemente peligrosos para todo aquel que no tenga la cabeza bien asentada sobre los hombros.

—Hola —saluda. Su voz es ronca, de tonos bajos, sensuales.

—¿Quién es usted? —pregunto.

—Anita.

—Anita, ¿qué?

—No se preocupe, señor Chillis. El apellide es ahora lo de menos. ¿No quiere comer un poco?

—Antes quiero que me explique unas cuantas cosas...

Anita levanta una mano, provista en el remate de sus dedos con cinco uñas afiladas, ensangrentadas. Sonríe.

—Un poco de paciencia, señor Chillis. Coma primero, ¿quiere?

Arrojo una mirada sobre el carrito. Mi estómago sufre un fuerte retortijón; llevo casi veintiuna horas sin probar bocado.

Decido ser fuerte.

—No comeré si antes no me explica qué es lo que hago aquí, quién me ha traído, por qué me ha traído y qué es lo que pretenden hacer conmigo. Mientras no reciba respuesta a esas preguntas —cruzo los brazos y me siento a los pies del lecho—, no probaré un solo bocado.

Anita sonríe. Sin pronunciar ninguna palabra, se inclina hacia adelante y, tomando la cafetera, vierte café, en una taza. Al actuar,

procura hacer una ostentosa demostración de los indudables atractivos de un busto pródigamente constituido. Se incorpora con la taza en la mano y se me acerca, ondulando sinuosamente.

—Vamos, vamos, señor Chillis —dice en tono persuasivo—, ¿por qué mostrarse tan obstinado? Nadie quiere su mal, puedo asegurárselo.

—Quite esa taza de ahí delante —refunfuño. Anita suelta una alegre carcajada.

—¿Huelga del hambre? ¡Qué divertido!

Devuelve la taza a su sitio y regresa junto a mí. Apoya sus manos en mis hombros y se inclina lentamente, mientras clava sus enormes ojos negros en mi rostro. Entreabre los labios, dejando escapar una cálida, y jadeante respiración.

—Come, Lark —susurra.

Una oleada de fuego me invade. Anita es capaz de hacer olvidar cualquier cosa. Ella lo sabe y se muestra orgullosa de su anatomía. Sus labios se aproximan peligrosamente a los míos.

Pero en el instante en que voy a dejarme vencer por la tentación, me recobro. Aparto a la mujer de un manotón y la derribo al suelo.

Me lanzo hacia la puerta. Agarro el pomo. Entonces, siento una mano que se apoya en mi hombro.

Giro sobre mis talones y en aquel momento Anita, la dulce e insinuante Anita, me asesta un terrible rodillazo en el bajo vientre. Me curvo hacia adelante, mientras tanto un lanzazo de fuego en la parte afectada, olvidándome en el acto de cualquier otra cosa.

Anita me aparta de un empujón con toda facilidad. Tengo los ojos llenos de lágrimas y no pienso en nada más que en aliviar mi dolor como sea. Oigo abrirse la puerta sin poder hacer nada por evitarlo.

Al cabo de unos momentos, me siento mejor. Regreso al lecho. El carrito con la comida está allí. Después de unos momentos de duda, resuelvo comer; no se adelanta nada con provocarse uno mismo un estado de debilidad perjudicial. Además, incluso ellos —me refiero, naturalmente, a los que me tienen aquí prisionero—, pueden desear de mí que cometa tamaña estupidez. No les complaceré.

Como con buen apetito. Casi es devorar lo que hago, Al cabo de

unos momentos me siento ahíto. La comida estaba bien; no hay ni qué dudarlo. Y mis captores son tan considerados, que no han olvidado siquiera el detalle de un paquete de cigarrillos y una tira de fósforos.

Enciendo un pitillo y fumo pensativamente. No acabo de entender por qué me han secuestrado. No tengo dinero como para que intenten pedir un rescate; apenas tres o cuatro mil dólares ahorrados. Pero, si no quieren dinero, ¿qué es lo que quieren de mí?

Los muros del dormitorio se ablandan. Las cortinas ondean como banderas al viento. Un fragoroso rugido estalla en mis oídos, como si me encontrase en el vértice de un ciclón. El techo se aleja rapidísimamente y se confunde con una negrura total, absoluta. Cuando caigo de espaldas sobre la alfombra de cordero ya no siento nada.

Absolutamente nada.

CAPÍTULO II

Día 2.º, 8,13.

Ésta es la hora en que me despierto. Puedo contar los días a partir del primero, porque cuando me dormí en la pensión de *mistress* Jones, era el último del mes pasado.

Esta vez me han dado otra buena dosis de narcótico. Calculo que debí terminar de comer poco después de las cinco de la tarde, lo cual significa que he dormido casi quince horas. Otra vez siento en la lengua el característico gusto amargo del estupefaciente.

Cuando miro en torno mío, no me extraña en absoluto encontrarme en la celda de muros de acero. He sido despojado del pijama y me encuentro tendido sobre la colchoneta de espuma de goma, tan ancha como mis hombros, los cuales, es preciso reconocerlo, no son los de un hércules. Después de unos momentos de reflexión, opto por no gritar; no tengo ganas de destrozarme las cuerdas vocales.

Mi única compañía es el reloj. Nada más. Y mis pensamientos.

He podido darme ya cuenta de lo que pretenden de mí. Sólo he visto a una persona de las que me raptaron: Anita; pero tengo la absoluta seguridad de que, detrás de Anita, hay alguien más.

¿Quién?

De pronto siento un escalofrío. Me pongo en pie. Estornudo.

El escalofrío ha sido debido a una súbita baja en la temperatura. Toco la pared cercana; está terriblemente fría. ¿Qué pretenden ahora: convertirme en un carámbano?

Tirito de frío a los pocos momentos. La temperatura continúa bajando con inusitada rapidez. Conozco, teóricamente, claro está, cierta clase de «procedimientos». Temo por mí; no estoy entrenado

para ello; sólo soy un simple oficinista, con muchos conocimientos, eso sí, pero sin el menor entrenamiento para soportar adversidades físicas. Son otros los que reciben cierta clase de entrenamiento —ni siquiera los instruyo yo—, pero en lo que a mí se refiere, mi valor es mucho más cerebral que físico.

Me siento en la colchoneta y encojo las piernas hasta situarlas en contacto con la barbilla. Mis dientes castañetean. En pocos minutos, la temperatura ha descendido muy por debajo del cero de la escala centígrada.

Alargo la mano y toco la pared; da la sensación de quemazón, típica en todo metal sometido a una bajísima temperatura. Me pongo en pie y empiezo a dar saltitos para reaccionar; de lo contrario, me congelaré.

«Trata de pensar», me digo. Reflexiona sobre lo que quieren ellos; apártalo de tu mente. Procura olvidarlo... olvídalos... olvídalos... es demasiado importante para que lo conozcan.

Hay ciertos individuos que reciben cierta clase de entrenamiento. Yo no soy de ellos; de lo contrario, recibiría, al finalizar dicho entrenamiento, una cápsula de veneno que se acopla a uno de los maxilares. Si las cosas se ponen feas, un crujido y a morir en pocos segundos. Pero yo, lo repito, sólo soy un oficinista.

Por lo tanto, no dispongo de esa cápsula de veneno. Tendré que soportar lo que esos sujetos quieran echarme, hablando en lenguaje vulgar.

El frío es terrible; ya ha pasado de la epidermis y me llega a los huesos, pese al ejercicio que estoy haciendo de dar menudos saltitos y golpearme los costados con las manos.

Bruscamente me doy cuenta de una cosa: estoy sudando.

Nada peor que una epidermis cubierta de sudor en una atmósfera bajo cero. Puede conducirme a la pulmonía en momentos. Dejo de moverme en el acto. Pero si no me muevo, me helaré de frío.

Arrojo el aliento contra el muro más cercano. El vapor de agua se hiela casi instantáneamente.

He leído muchas novelas de espionaje; en un buen número de ellas se describen, con mejor o peor acierto, los tormentos a que son sometidos los agentes enemigos capturados. Éste del frío es uno de ellos; sin embargo, nunca creí que pudiera sucederme una cosa

semejante.

La cólera me invade. Giro violentamente y golpeo con los puños la pared que está a la cabecera de mi colchoneta, mientras grito terribles injurias a, pleno pulmón. De súbito, se abre un orificio y un grueso chorro de agua helada me golpea el rostro, el pecho, el vientre, mojándome de arriba abajo en contados segundos.

La piel se me pone azulada. Comparado con lo que acabo de recibir, el frío anterior parecía la temperatura de una playa de Florida en agosto. No puedo resistir más y me derrumbo, acurrucado sobre mí mismo, aunque todavía consciente. La tortura es superior a mis fuerzas.

¿Tendré que hablar? Se me ocurre una idea.

Tengo la seguridad de que soy observado; no sé desde dónde, pero me vigilan. Bien, me fingiré inconsciente, Si esos tipos desean algo de mí, no podrán obtenerlo de un cadáver. Por lo tanto, les interesa mantenerme con vida.

Me tiendo a un lado, absolutamente inmóvil, pese al intensísimo frío que siento y que me paraliza la circulación. Siento unos horribles deseos de ponerme en pie y saltar para no helarme; sin embargo, consigo hacer acopio de fuerza de voluntad y continuar quieto.

Pasan los minutos.

Día 2.º, 9,37.

Sigo tendido sobre la colchoneta empapada de agua. Debo de llevar más de diez minutos en esta postura. He dejado de sentir mis piernas; en cuanto a las puntas de los dedos, me parecen tan ajenas a mi cuerpo como los muros que me envuelven. Nadie viene.

El frío se aleja de pronto.

No es un aumento sustancial de temperatura, pero al menos no es el hielo anterior.

Algo es algo.

Me siento revivir lentamente. La sangre circula ahora por mis extremidades, con dolorosas punzadas, que me hacen morderme los labios para no gritar. La temperatura continúa aumentando.

Ya no tiene objeto el seguir la ficción. Me pongo en pie, todavía tiritando, pese al progresivo aumento de la temperatura ambiente.

A las 10,00.

El calor es inaguantable ahora. Primero el frío, luego el calor. ¿Qué tortura emplearán después?

Alargo la mano, y la retiro lanzando un aullido. La pared quema.

Un hilillo de líquido me corre por la barbilla hasta el pecho; es sudor.

El calor aumenta incesantemente. Jadeo; me ahogo. La atmósfera se hace irrespirable.

De pronto oigo un levísimo crujido. La pintura se abarquilla, forma ampollas, salta en algunos sitios. El muro de la derecha toma una rara coloración, la misma que la de las cerezas maduras.

¡Está al rojo!

Abro la boca y respiro espasmódicamente. Debe de existir algún orificio de renovación del aire; de lo contrario, habría muerto ya por asfixia. Pero el aire que entra está muy caliente; no alivia en nada mis sufrimientos.

Mi piel está tan brillante como si me hubiera sumergido en un baño de manteca fundida. La temperatura es ahora realmente insoportable. Otro de los muros está igualmente al rojo vivo; la pintura que no ha saltado, corre en apestosos arroyos hacia abajo.

Desfallezco. Lo que sucede es superior a mis fuerzas y me derrumbo sobre la colchoneta.

Día 3.º, a las 9,30.

Despierto súbitamente. Me siento en la colchoneta, inexplicablemente seca. Sigo en la celda de muros de acero.

El día de ayer fue realmente terrible. Las sesiones de frío ártico alternaban con las de calor infernal. Y no fue un sueño; los dos muros que se pusieron rojos, muestran las señales de la altísima temperatura a que fueron sometidos. Frío, calor, frío, calor... así pasé el resto del día, sin un vaso de agua siquiera para apagar la sed, que ni tan sólo en los peores momentos de baja temperatura me abandonaba un instante.

Inmóvil en la colchoneta trato de reflexionar. «Esto no es más que el principio», me digo. Lo peor vendrá después, cuando estés completamente debilitado y tu cuerpo no pueda resistir más.

Entonces, te arrastrarás a sus pies abyectamente y suplicarás un poco de piedad a cambio de la información que tanto desean ellos.

¡Ellos!

¿Es posible que puedan actuar así, tan impunemente, en mi propio país?

Por lo visto, lo tenían bien calculado. Estoy seguro de que he debido ser objeto de un detenido estudio por parte de ellos. Debieron elegirme, pensando quizá en que era el eslabón más débil de la cadena, el más fácil de quebrantar, el menos fuerte, en suma.

Y, naturalmente, el raptarme y traerme hasta este lugar, debió de ser para ellos poco menos que un juego de niños.

Por supuesto, se han tomado mucho tiempo para preparar toda esta *mise en scène*.

Este cubículo de paredes de acero no se improvisa en dos días. Se necesita algo más de tiempo... el tiempo, posiblemente, que invirtieron en elegir su candidato. Yo, en una palabra.

Siento terror ante la idea de hablar.

Mi pánico se debe a dos motivos. Uno de ellos, que si doblegan mi voluntad, diré todo lo que sé.

El otro motivo es fácil de comprender. Una vez haya soltado lo que ambicionan conocer, me pegarán un tiro en la nuca.

Naturalmente, no me van a poner en libertad para que luego pueda comprometerlos.

Primero, declarar; después...

¡Qué astutos han sido!

Han esperado justamente a que diese comienzo a mi período de vacaciones anuales: veinte días. En veinte días, sacarán de mí todo lo que quieran; una vez más, he de decir que soy un simple oficinista y que mi entrenamiento para resistir torturas es nulo.

El cuerpo humano, sin embargo, aguanta más de lo que uno puede sospechar. Si a mí me hubieran dicho que era capaz de salir con vida después de haber soportado todo un día entero de diabólicas torturas, hubiera tachado de iluso al que me hubiese asegurado tal cosa. Pero es verdad: estoy vivo. Aunque terriblemente quebrantado, también es cierto.

Lo raro es que no siento hambre, a pesar de que llevo ya casi cuarenta horas sin probar bocado. Estamos en el tercer día y desde las cinco de la tarde del primero, no he vuelto a ingerir nada, sólido

ni líquido.

En cambio siento sed, una sed horrible.

Parece que hayan adivinado mis pensamientos. Un vaso de agua surge de pronto ante mis ojos, en la hornacina de la vez anterior.

La sed es muy fuerte... y el agua, aparece tan tentadora...

Me pongo en pie, seguro de que me están observando por algún orificio invisible para mí. Lentamente, me acerco al vaso. «Estará narcotizada», pienso.

Bueno, sólo se trata de dormir. Y quien duerme, muere un poco. Pero también olvida.

Quiero olvidar. Agarro el vaso con mana firme; el agua está fresquísima.

Me lo llevo a los labios. Bebo largamente, sintiendo en las reseca fauces el inapreciable frescor del líquido. No es sino cuando ya he ingerido más de la mitad que me doy cuenta de que está salada, terriblemente salada.

Retrocedo, espantado. El vaso se me cae de las manos, sin romperse. Debe de ser de vidrio irrompible o plástico. El resto del agua se desparrama por el suelo.

Me llevo la mano a la garganta, mientras me tambaleo, presa de un sentimiento, mezcla de horror y cólera. La sensación de sed aumenta terriblemente.

Esto es más de lo que puedo resistir por el momento. Perdida la moral, me dejo caer sobre la colchoneta.

Día 3.^o, a las 18,10.

La luz se marcha de pronto. No me importa; tanto me da testar en una celda alumbrada como sumida en las tinieblas.

Llevo ya dos días sin comer ni beber, excepto el fatídico vaso de agua salada, que ha aumentado mi sed hasta extremos inconcebibles. Estoy tendido sobre la colchoneta, encogido, inmóvil, abandonado a mí mismo, sin ánimos, para nada que no sea tratar de buscar una explicación lógica y congruente a mi situación.

Ya sé por qué me tienen prisionero... pero lo que se me antoja absurdo es que estas cosas pueden suceder en los Estados Unidos. Lo más que ha pasado aquí, en mi país, es algún tiro en la nuca o una pastilla de cianuro en el café, es decir, una muerte rápida a

indolora, pero nunca una sesión de suplicios como la que estoy soportando.

Una luz se enciende repentinamente. Dura muy poco, una fracción de segundo.

El chispazo llama mi atención y me hace olvidar por unos momentos la agónica tortura de la sed. Haciendo un esfuerzo, me siento sobre la colchoneta.

Junto con el chispazo ha penetrado en la celda un tenue sonido, muy musical, algo así como el tañido de un triángulo en una buena orquesta.

El chispazo se repite. Es un diminuto fogonazo, no superior a una moneda de plata, y viene acompañado del tañido del triángulo.

Otro chispazo y otro timbrazo. El intervalo es de unos dos segundos, calculo, lo justo para que se extingan en el aire las últimas vibraciones del sonido.

Vuelvo la cabeza y veo un chorro de luz que brota de un orificio situado cerca del techo. Me pongo en pie y estiro la mano; no llego. Debo dejar que el fogonazo siguiente penetre en la celda y vaya a impactar en un círculo de cinco centímetros de diámetro en el muro opuesto, a medio metro de la hornacina donde aparecen los vasos de agua.

Día 3.º, a las 19,50.

Luz y sonido.

Esto no es una atracción para turistas, sino lo que me está pasando a mí.

Los chispazos y los tañidos siguen repitiéndose con monótona regularidad, cada dos o tres segundos, aproximadamente. La celda permanece a oscuras, salvo durante la cortísima fracción de tiempo en que el rayo de luz estalla en la pared de enfrente, junto con el metálico tañido.

Repentinamente, el fogonazo se hace mayor y el sonido aumenta de volumen.

El diámetro es ahora el doble y la frecuencia más rápida, cada segundo, más o menos.

El tañido es mucho más fuerte.

Pasan algunos minutos. Empiezo a sufrir.

Los chispazos se hacen más grandes y el ruido es muy intenso. Lenta, irresistiblemente, la luz y el sonido aumentan.

Es un tormento insoportable. Aunque cierre los ojos, el resplandor es tan fuerte que taladra la escasa protección de mis párpados. Y si me tapo los ojos con las manos, los oídos quedan descubiertos. No tengo elección.

Luz, luz, luz... Nang, nang, nang...

Ahora me parece estar frente a un proyector de los que usan los artilleros de la

D. C. A.

y en el centro de una gigantesca, colosal campana, cuyo badajo golpea el bronce cada segundo, con monorrítmica regularidad.

Luz, luz, luz... Nang, nang, nang...

Me revuelco por el suelo, lanzando gritos inarticulados, como de fiera. No puedo más, no puedo más.

¿Por qué, por qué...?

Estoy dentro de un sol de deslumbrante blancura que amanece y se pone cada segundo y en el centro de un colosal anfiteatro de bronce, cuyo badajo es algún enorme obelisco del mismo metal. Los tañidos de la campana retumban directamente dentro de mi cráneo, produciéndome tormentos indescriptibles.

Súbitamente, la luz y el sonido cesan.

Me siento vacío por dentro. Como si me hubiesen arrancado el alma, dejando solamente un cuerpo exhausto y agotado. ¿Es esto el principio de un lavado de cerebro?

Roto moral y físicamente, me derrumbo sobre la colchoneta. Ya todo me es igual.

Que me peguen un tiro, pero pronto, pronto...

Empiezo a dormirme. Olvidar, olvidar...

CAPÍTULO III

Día 4.º, a las 8,00.

He debido dormir mucho. Estoy notablemente descansado, aunque sediento y hambriento. Pero ¿qué es eso?

Nuevamente me encuentro en la habitación donde Anita me sirvió de comer. El pijama amarillo, los cuadros, la librería, la mesita con el aparato de radio...

Y la sed.

Me pongo en pie. Vacilo una o dos veces, pero haciendo un esfuerzo, consigo caminar. Entro en el cuarto de baño. Abro el grifo y agacho la cabeza. El chorro de agua murmura una aliviadora canción en mis oídos.

Bebo un sorbo, pero apenas me he mojado la lengua, casi antes de que las primeras gotas hayan refrescado mis fauces, la corriente se interrumpe.

Blasfemo, lleno de cólera, fuera de mí. Agarro el grifo y lo sacudo con fuerza. El grifo salta y queda en mis manos. Siento que mis dientes rechinan. Esa poca agua que he ingerido, aunque era dulce y perfectamente potable, en lugar de aliviarme, ha provocado en mí un intolerable aumento de la sed.

Está el otro grifo, el del agua caliente. Lo abro, no sale nada.

La ducha, los grifos del baño están enjutos. Se oye un leve suspiro, el del aire encerrado en la cañería al escaparse y eso es todo.

Tambaleándome como un borracho, regreso al dormitorio. Entonces me encuentro con dos hombres.

Nos miramos fijamente, en silencio, durante unos segundos. Son dos tipos membrudos, de rostro hosco, desagradable, infinitamente

más fuertes que yo. Parecen boxeadores retirados.

Pero estoy ciego de cólera. Son dos días de suplicio continuado y esto me ha hecho perder momentáneamente la razón. Me abalanzo contra el más cercano y le golpeo. El tipo vacila. Entonces, su compañero me asesta; un terrible puñetazo bajo la oreja y me atonta.

Caigo al suelo, sin fuerzas. Mis ojos están a pocos centímetros de la alfombra de piel de cordero, un zapato se acerca hasta tocarme la nariz. Con una ligera presión, me partirá el hueso. Sin embargo, me siento indiferente, extrañamente ajeno a la suerte que pueda correr.

Unas manos me agarran por debajo de los sobacos y me lanzan sobre la cama. Los oídos me zumban. Los dos tipos permanecen unos momentos frente a mí, silenciosos, inmóviles.

Súbitamente, uno de ellos se lanzó contra mí y me incorpora a la fuerza. Le escupo al rostro. ¿De dónde he podido sacar la saliva?

El puño del individuo se acerca velozmente a mi mandíbula. Trato desesperadamente de esquivar el golpe. Empeño inútil. El puño explota con atronador estruendo. Rápidamente me hundo en una sima de consoladora inconsciencia.

Día 4.º, a las 8,30.

Mi desmayo no ha durado demasiado; menos de media hora.

Despierto, dándome cuenta de que tengo la mejilla apoyada contra algo cálido y agradable de tocar. Un brazo me rodea los hombros, ayudándome a medio sentarme en el lecho. Entonces advierto la suave turgencia de un seno, del que se desprende un indefinible aroma a flores silvestres.

Una mano sostiene delante de mis ojos un vaso de agua. Observo la uñas; no son exageradamente puntiagudas y tienen un color natural, aunque están bien cuidadas.

—Beba, señor Chillis.

La voz es suave, sedosa, aunque no tan susurrante como la de la opulenta Anita. Se trata de otra mujer, indudablemente.

La vista del agua me fascina. Siento la lengua adherida al paladar. Haciendo un esfuerzo, logro despegarla.

—No.

Mi voz suena gruesa, lejana.

—Es dulce. No tiene sal ni narcótico —dice la mujer suavemente—. Créame, señor Chillis.

La tentación es más fuerte que yo. Acerco los labios al vaso. Pruebo el agua. Es perfectamente potable. Claro que puede estar narcotizada, pero mientras no contenga sal, todo me importa un rábano.

Bebo, bebo ansiosamente, hasta agotar el contenido del vaso. El agua refresca mis fauces, corre por el esófago y llega al estómago, produciéndome la sensación más agradable que jamás he percibido en los días de mi vida. Ahora comprendo a los náufragos.

—Más, más —pido roncamente.

—Debe ser comedido, señor Chillis —dice la mujer, a quien todavía no he visto el rostro—. Beber demasiada podría causarle graves perjuicios en su organismo. Descanse un poco, se lo ruego.

Quita su brazo de mis hombros y me deja tendido sobre el lecho. Se pone en pie y me mira.

No es Anita. Se trata de una muchacha de unos veinticinco años, alta, esbelta, muy fina. Viste una blusa blanca de seda, cerrada de cuello y mangas, lo cual no impide advertir que debajo de la misma hay un busto firme y compacto, cosa que he tenido ocasión de comprobar momentos antes. Una falda negra ciñe sus caderas, redondas, pero no tan exageradas como las de Anita; y sus piernas son largas, esbeltas, muy bien torneadas, enfundadas en unas medias grises y unos sencillos zapatos negros, de tacón alto.

Es muy hermosa, aunque con un género de belleza muy distinto del de la provocativa y exuberante morena. Tiene los ojos muy azules, sobre unos pómulos ligeramente salientes, que junto con las cejas levemente elevadas, le confieren un vago aspecto de exotismo que cuadra muy bien con los largos y lisos cabellos rubios que caen sueltos sobre sus hombros. Se coloca ante mí, adelanta ligeramente la pierna izquierda, coloca las manos a la espalda y me mira.

—¿Se siente mejor, señor Chillis?

—Sí —murmuro.

—Ahora le daremos algo de comer. Es preciso que se reponga de las penalidades sufridas.

Enseño los dientes.

—Conozco los procedimientos, señorita —respondo—. Una de cal y otra de arena. Una ducha de agua helada y otra de agua

hirviendo. Dureza y amabilidad alternadas, ¿no es eso?

—Mis... los hombres que manejan esto, se excedieron un poco —dice ella—. Le ruego los dispense.

—Vaya —ríó sarcástico—, ahora me piden perdón. Me gustaría que hubiese estado usted en mi puesto sólo por unos momentos. ¿No tienes nada más que decirme?

—Sí, pero no en este momento, señor Chillis. —Se vuelve de pronto y acerca el carrito con la comida. Sólo veo una especie de jarra y tazón—. De momento, le vamos a dar un poco de caldo; es preciso tener en cuenta que ha estado dos días sin comer.

—Sí; y muriéndome de frío y de calor y aguantando las mil perrerías. Oiga, ¿qué diablos pretenden de mí?

—No se altere —responde ella con sosiego. Me acerca el tazón—. ¿Puede sostenerlo usted o le ayudo yo?

—Apártese —digo hoscamente.

Mientras bebo el caldo, sustancioso y muy nutritivo, me mira en silencio. Su rostro carece de expresión alguna, pero estoy seguro de que está estudiando a fondo mis menores reacciones.

Termino el caldo. Sudo, es la reacción lógica. Ella retira el tazón. Saca cigarrillos, enciende dos y me entrega uno.

—¿Cómo se llama usted? —pregunto de súbito.

—Myra.

—Un nombre muy bonito. Aparentemente, le corresponde. Ella arquea las cejas.

—¿Por qué lo dice?

—En latín, significa maravillosa.

—Gracias —responde con leve sonrisa.

—Dije que aparentemente tan sólo. Es maravillosa, sí, pero una maravillosa perra.

Myra no se inmuta. Sigue estudiándome a través del humo del cigarrillo respira rítmica, suavemente; al hacerlo, su pecho destaca con nítidas redondeces.

Rompo el silencio.

—¿Puedo saber qué es lo que pretenden de mí?

—¿Acaso no se lo imagina, señor Chillis?

—Lark es mi nombre —contesto—. Y no me lo imagino, en efecto.

—Está tratando de desviar la cuestión.

—Ni idea —respondo, arrellanándome sobre las almohadas.

—Usted posee una serie de conocimientos, de los cuales nosotros queremos apoderarnos, eso es todo.

Emito una sonrisa llena de sarcasmo.

—Hasta ahora, no sabía que ustedes se interesaran por los secretos de una vulgar oficina comercial de exportación. Hay miles de empresas como la nuestra en el país. Y si no, haga una prueba, busque la guía telefónica y...

—Empresas como la suya sólo hay una, Lark —dice Myra.

—Está loca.

—Creo que no. En todo caso, es usted el que lo está.

—Le digo que no sé nada. Trabajo en la

«Martins & Son,

Imp-Exp,

Ltd». Llevo allí doce años...

—Siete tan sólo —me corrige ella. Levanto las cejas.

—Doce, insisto.

—A su gusto, pero son siete. El marbete

«Martins & Son»

es sólo la fachada, la tapadera. Como en esas casas que salen en las películas del Oeste.

—Ya. —Me dedico a contemplar la lumbre de mi cigarrillo.

Myra permanece todavía unos momentos frente a mí. Lanza su colilla sobre el tazón.

—Volveré a la tardé, Lark —dice sosegadamente. Empuja el carrito y se marcha. Tengo miedo. ¿Hablaré?

Si hablo, varios hombres y mujeres que están a miles de millas de distancia, morirán después de atroces torturas.

Pero ¿y si yo no puedo soportar las torturas que me esperan aquí? Furioso, lanzó el cigarrillo a un lado.

Día 4.º, a las 10,15.

He estado pensando durante mucho tiempo, elaborando toda clase de planes que puedan permitirme la huida. Ignoro absolutamente el lugar en que me encuentro. Dentro de su doblez, Myra parece sincera. Quizá me ayuden a reponerme un poco, para luego hundirme de nuevo en algún diabólico tormento. Ya se sabe, el tira

y afloja clásico, hasta convertir al sujeto en un pelele y extraer de él cuanto se desee.

Me he formulado una pregunta: ¿Por qué tantos tormentos?

¡Qué ganas de perder el tiempo! Una inyección de pentotal sódico, la droga de la verdad, y habría «cantado» hasta enronquecer. No comprendo por qué no han empezado por ahí. Tendré que preguntárselo a Myra cuando vuelva a verla. Me parece que, en este aspecto, ha de ser más asequible que la sensual Anita.

Hago un esfuerzo y me pongo en pie. Las piernas no me vacilan.

Es sorprendente los efectos que pueden producir en un organismo agotado un simple vaso de agua y un tazón de caldo. Me noto como nuevo, casi, claro está.

La temperatura es muy agradable. El sol penetra a raudales por la vidriera. Un lugar magnífico para vivir, si no fuera porque allí se muere.

Observo el jardín a través de los vidrios. Está muy bien cuidado y poblado por numerosos árboles de frondosa copa. En plena primavera, las flores y las plantas están en eclosión y constituyen un espectáculo subyugante, en especial para quien, como yo, se pasa cuarenta y nueve semanas en una polvorienta oficina... que no tiene nada que ver con la importación y la exportación, como ha dicho Myra, acertadamente.

¡Pero no lo voy a reconocer, diablos!

Miro al jardín una vez más. Al otro lado, a unos treinta metros de distancia, diviso una tapia de unos tres metros de altura, cubierta de hiedra. Más allá, a través de las copas de los árboles, se ven unas colinas herbosas. En una de ellas puedo divisar una casa. Por su tamaño aparente, deduzco que debe de encontrarse a unas cuatro millas de distancia.

¿Qué tal si intentase la escapatoria?

El ventanal ocupa casi todo un lienzo de la pared y su altura es la del techo. Está dividido en doce partes, separadas por una armazón de hierro. Cada trozo de vidrio viene a tener, aproximadamente, un metro cuadrado, de modo que en total son doce los metros cuadrados de pared luminosa.

Bien, la idea consiste en romper un cristal de un silletazo, saltar al jardín —estoy en el primer piso y, por lo tanto, la altura no es excesiva—, y luego correr. No soy un atleta, pero tampoco resulta

difícil pegar un salto y encaramarse a la tapia. A fin de cuentas, acabo de cumplir los treinta años y, aunque he practicado muy poco ejercicio físico, la juventud siempre cuenta algo.

Vamos a ver cómo rompo el cristal.

Hay una silla en la estancia. Perfecto. Haré un poco de ruido, pero trataré de aprovechar la sorpresa.

No me lo pienso dos veces. Agarro la silla y la arrojo con todas mis fuerzas contra uno de los vidrios.

El vidrio resiste el impacto.

Tardo algunos momentos en comprenderlo. Al fin, la verdad se infiltra lenta, insidiosamente en mi cerebro.

Los cristales son blindados.

CAPÍTULO IV

Día 4.º, a las 16,40.

La puerta se abre. Myra entra, empujando un carrito lleno de comida. Alguien cierra desde el otro lado, como de costumbre.

La muchacha observa las astillas de la silla, que ha destrozado a lo largo de numerosos y estériles intentos de romper los cristales que no se pueden romper.

—Olvidé advertírselo —dice tranquilamente.

—Los conocimientos que se adquieren por la propia experiencia, agradan más que los que uno aprende por enseñanzas ajenas —manifiesto, filosófico. Olfateo el aire.

¡Hum...! El arsénico huele estupendamente. Myra se molesta.

—Por favor, Lark.

—Ah, ¿es que no piensan envenenarme? Me dirige una mirada inexpresiva.

—Ahora, no.

—Claro, claro. —Despliego la servilleta—. Después cuando me haya convertido en algo parecido a un limón con el jugo exprimido, ¿no es así?

—Quizá —responde evasivamente. Enciende un cigarrillo y se retira a un lado. Queda en pie, apoyada ligeramente en la vidriera, contemplándome comer.

Los alimentos son ligeros, pero sustanciosos. No hago secreto alguno de mi hambre y los ingiero vorazmente. Durante unos minutos, permanecemos en silencio.

También hay café. Cuando voy a servírmelo, vacilo. Myra lo nota.

—Bébalo tranquilamente; no está narcotizado.

—Bueno, mientras sólo sea un hipnótico... Ah, oiga, ¿por qué no han usado conmigo el pentotal?

—Ya lo hicimos.

Me detengo con la cafetera a medio camino.

—Cuidado —advierte Myra—, está derramando el café fuera de la taza. Suelto una exclamación y la cafetera.

—Me aplicaron el pentotal —exclamo.

—Sí; la misma noche en que le trajimos aquí.

—¿Y...?

—No dio resultado.

—¿Por qué?

—Hay ciertas personas, usted una de ellas, en las que la capa cortical interna de su cerebro, el subconsciente, hablando con claridad, es muy fuerte. Esas personas resisten perfectamente toda clase de sustancias inhibitorias, al menos, las que se conocen hasta ahora.



—Suele decirse que el pentotal no falla.

—Oh, claro que no. Pero en el caso de usted, al ser un sujeto excepcionalmente resistente, nos habríamos visto obligados a utilizar una dosis muy superior a la normal, con el riesgo de convertirle en un idiota.

—Antes de tiempo.

—Justamente. Antes de tiempo.

—O sea, que una vez haya vomitado, ¡perdón por la expresión!, lo que desean conocer, mi suerte posterior les es indiferente.

—Siempre que no nos comprometa, claro. Hay cigarrillos sobre el carrito. Enciendo uno.

—Lástima de chica tan guapa. ¿Por qué infiernos se ha metido en esto?

Una leve sonrisa distiende sus labios, de tonalidad clara y jugosa, no tan rojos como los de Anita. De vez en cuando, la comparación surge irreprimiblemente.

—De modo que reconoce que lo de «Martins & Son» es una tapadera. Trato de recuperarme.

—Bueno, ¿y qué? No puedo negarlo, pero sí negarme a hablar.

—Tenemos medios muy eficaces para desatar las lenguas más reacias, Lark.

—A juzgar por lo que he visto, aún les faltan emplear unos cuantos. Dígame, ¿cuál será el próximo?

—Esto es como un hospital. El médico actúa de acuerdo con la enfermedad y amolda su tratamiento a las reacciones del paciente.

—Sabia manera de actuar, Myra.

Calla, no responde. La contemplo durante unos momentos.

—¿Por qué una chica tan guapa se ha metido en un embrollo semejante? —repito. Se encoge de hombros.

—No comprendería mis razones, Lark. Usted ha vivido siempre en un mundo completamente distinto del mío.

—¡Bah! No me venga con ciertos cuentos que ya tengo olvidados. Los viejos conflictos ideológico-económicos, la explotación del trabajador y la barriga hinchada y purulenta del burgués, ¡porquerías!

—¿Dejarán de ser verdad porque usted y otros ciegos como usted quieran, deliberadamente, ignorarlos?

Arrojo el cigarrillo dentro de la taza de café. Vuelvo a mirarla. Tiene el rostro encendido y la respiración palpitante. Está más bonita que nunca. Lástima que una cabecita tan hermosa albergue ideas tan estúpidas.

Día 4.º, a las 17,20.

Me pongo en pie. Myra está apoyada en la vidriera, son las manos a la espalda. Sus ojos estudian cuidadosamente mis menores reacciones. ¿Qué es lo que está pensando ahora?

No lo sé. En cambio, sí sé lo que pienso yo. Me acerco a ella y la tomo por los hombros.

Se estremece.

—Myra, pienso que resulta absurdo que una muchacha tan bonita como usted se haya embarcado en un asunto tan puerco.

—Cada uno tiene su modo de pensar. ¿Es que me va a negar ese derecho?

—Yo no, pero usted y los suyos sí se los niegan a los demás... Sin embargo, no es de eso de lo que quería hablarle.

—Entonces...

—Es muy bonita, Myra. ¿No se lo han dicho?

—Esto no tiene que ver nada con lo que está pasando, Lark.

—¿De veras? —Sonríó, mientras aumento ligeramente la presión sobre los hombros, haciéndola emitir un leve quejido—. Una joven tan hermosa se merecería un hombre que la quisiera, un par de chiquillos, una casita en el campo... en lugar de estar empeñada en un propósito absurdo y estéril. ¿Por qué se embarcó en esta lucha, en lugar de comportarse como se habría comportado cualquier mujer?

—No me comprendería usted, Lark —susurra.

—¿De veras que no? —La atraigo hacia mí, suave, persuasivamente—. ¿Quiere que empiece a comprenderla?

Su boca se entreabre, mientras que sus ojos brillan de un modo extraño y su respiración aumenta el ritmo. Va a ceder, va a ceder, pienso, mientras me inclino hacia ella.

De pronto, sus brazos me rodean el cuello; su cuerpo se oprime contra el mío. Siento la presión de sus senos sobre mi pecho; nuestros labios se van a unir...

La puerta se abre bruscamente. Una voz masculina profiere un grito.

—¡Mírala! ¿No te lo había dicho yo?

Myra y yo nos separamos bruscamente. Veo a dos hombres, empuñando sendas pistolas, terminadas ambas en una extraña protuberancia al final del cañón. Silenciadores, por supuesto.

Uno de los sujetos es alto, hercúleo, de rostro cuadrado y pelo pajizo. Tiene los ojos muy pequeños y aunque sus pupilas son terriblemente claras, brillan demoníacamente.

El otro es de mediana estatura, moreno, cenceño como un bailarín de flamenco; sus cejas terminan en pico, mefistofélicas, y los ojos, como cuentas de azabache, despiden fulgores asesinos.

—Tienes razón; es una perra traidora.

—Parece un ángel, pero no puede resistir la vecindad de un hombre. Y una mujer así, nos venderá en cualquier momento. Así que...

El cabeza cuadrada aprieta el gatillo de su pistola dos veces, a menos de tres metros de distancia.

¡Plop! ¡Plop!

Las detonaciones suenan menos que taponazos de champaña. Oigo un apagado gemido.

Horrorizado, vuelvo la vista hacia Myra. Ésta tiene deformadas las facciones por una expresión de intensa agonía.

Se lleva las manos al pecho, donde una mancha roja acaba de aparecer en medio de los senos. Un líquido de color escarlata fluye entre sus dedos. Se le doblan las rodillas, inclina la cabeza hacia adelante. Extiende una mano como tratando de apoyarse en el suelo, pero, de repente, le fallan las fuerzas y se derrumba.

Trago saliva, espantado. La tragedia se ha producido de modo tan súbito, que no he tenido tiempo de reaccionar. Desde la entrada de los dos sujetos hasta la muerte de Myra, apenas si han transcurrido treinta segundos.

El de las cejas en pico se encara conmigo. Su pistola me apunta al estómago.

—¡Y éste también! —vocifera—. No podemos perder más tiempo con quien no nos va a servir de nada.

Quiero huir, pero ya es tarde. El bailarín aprieta el gatillo.

Siento un pinchazo en el cuerpo, en el pecho, bajo la tetilla izquierda. Luego otro. Una extraña debilidad se apodera de mí. Las piernas me flaquean.

Voy a morir, voy a morir... ¡Pobre Myra! Voy a morir...

Caigo hacia adelante. Ya no siento el choque contra el suelo.

¡Qué extraño!

Estoy vivo. ¿Por qué?

Día 5.º, a las 0,10.

Advierto que estoy tendido en un sitio blando, pero no quiero abrir los ojos todavía.

Prefiero pensar.

¿En Myra?

Pobre muchacha. ¿Cedió al momento?

Es lo más probable, ya que no había habido tiempo, en las dos entrevistas que habíamos sostenido, de cimentar un sentimiento más fuerte. Y, seguramente, aquellos dos esbirros, que nos habían estado espiando, irrumpieron en el instante menos oportuno.

Así paga esa gente los desvíos. Myra les había servido fielmente durante años y luego, por un instante de flaqueza... ¡Bang, bang, ahí va eso y al infierno!

Trato de componer mentalmente las facciones de Myra. Guapa chica, pero ahora no es más que un montón de carne. Seguramente, yacerá bajo dos metros de tierra en el jardín. Naturalmente, no van a avisar a la policía.

Es una lástima, porque Myra me empezaba a gustar, pese a su disparatado modo de pensar. Hubiera sido tan bonito encontrármela en otro lugar y hablar tranquilamente, intimar y...

Olvídala, me digo. Ha muerto.

¿Y yo?

Abro los ojos y me siento en la consabida colchoneta de la no menos consabida celda de paredes de metal. Vaya, pero si las han repintado y todo.

Naturalmente, estoy vestido únicamente con el *slip*. Bajo la vista y me miro el pecho, en el lugar donde recibí, donde creí recibir, mejor dicho, los dos disparos.

Hay unos puntitos rojizos, como simples picaduras de aguja, nada más. Comprendo en el acto; se trataba de una pistola que disparaba proyectiles narcóticos.

La broma no tiene gracia. Mi corazón, al menos todavía, está fuerte; pero le gastan a un sujeto de corazón flojo esa bromita y lo fulminan. Sugestión, claro, aunque a mí me pareció que me moría.

Pienso si no habrán hecho lo mismo con Myra. No, la chica ha muerto. Vi correr la sangre entre sus dedos y la deformada expresión de su cara en los últimos momentos. Contra Myra dispararon proyectiles de verdad. Una perra desviacionista, se dirían, sin duda.

Bien, ahora sé que el tratamiento vuelve a empezar. ¿Cómo? ¿De qué manera?

Pienso si no hubiera sido mejor agarrar alguna de aquellas astillas y clavármela en el pecho. Los secretos que conozco no

deben ser compartidos por nadie. Se produciría una auténtica catástrofe a miles de millas de distancia.

Y eso que no soy más que un simple oficinista.

O quizá por lo mismo. Mi jefe, en broma, solía decir que yo era un archivo viviente.

Memoria de elefante y todo eso. He aquí la razón por la cual estoy prisionero.

Bostezo. ¿Cómo empezarán? Miro el reloj.

Día 5.ª, a las 0,37.

La verdad, no comprendo cómo han podido dejarme el reloj. ¿Formará parte de su plan?

De pronto noto un suave movimiento.

Vuelvo la vista hacia todas partes. ¿Qué pasa? Algo me empuja por debajo.

¿El suelo?

¿O es el techo que baja?

Como sea, me estoy acercando al techo. Esta vez rió son los muros laterales.

Bueno, digo, bostezando otra vez, ya estamos. Me tiendo en la colchoneta, pongo las manos bajo la nuca y contemplo la aproximación del techo. Que baje éste o que suba el suelo, ¿qué más da? Sé que no van a matarme mientras no hable...

La distancia es cada vez menor. Cuando quiero darme cuenta, veo que puedo tocar el techo con la mano. Frunzo el ceño, esto no me gusta.

¿Y si la maquinaria fallase? ¿Y si el tipo que la maneja no me viera bien y no parase el aparato?

Un sudor frío me corre a lo largo de las sienes. Sin poder contenerme, lanzo un grito.

El techo y el suelo se aproximan con lo que a mí me parece una velocidad vertiginosa.

Trato de detener ese movimiento con las manos; empeño inútil.

El techo está ya encima de mí. Me estiro todo lo que puedo; suspendo incluso la respiración. ¿Por qué no me salí de la colchoneta? Ahora ya no podría hacerlo aunque quisiera.

El metal del techo me toca ya la nariz. Siento su presión. Mi boca se abre y profiero un aullido inhumano. Mi nariz es aplastada lenta e irresistiblemente. Un agudo dolor me atraviesa

repentinamente el cerebro. Es tan fuerte que no lo puedo evitar y pierdo el conocimiento.

¿Me muero?

CAPÍTULO V

Alguien me arroja un vaso de agua a la cara. Despierto, me encuentro sentado en una silla.

Día 5.º, a las 3,10.

Me han vestido; ahora, mi cuerpo está cubierto con unos pantalones y una camisa de hilo. Los pies están dentro de unas cómodas sandalias.

Una mano me acerca algo a los labios. Noto el contacto de un vidrio. Bebo. Es coñac. El alcohol me reanima. Pero la nariz, ¡rayos!, me duele como si un campeón de boxeo hubiera estrellado su puño contra ella.

—¿Se siente mejor, señor Chillis?

—Un cuerno, me siento —respondo abruptamente—. ¿Quién diablos es usted?

Percibo el rumor de dos o tres respiraciones. Un pequeño pero potente foco me da directamente en la cara. No es muy molesto de soportar, aunque sí me impide ver quién hay al otro lado.

—Me llamo MacNutts.

—Nombre tan falso como el alma de Judas. Seguro que se llama Ivanov o algo por el estilo.

—MacNutts es el nombre por el cual debe conocerme usted y eso ha de bastarle, Chillis. O Mac, a secas, si lo prefiere así.

—Bueno. ¿Y qué más?

Una bocanada de humo sale a la luz. Percibo una vaga silueta al otro lado del reflector. Mac está sentado a horcajadas sobre una silla. Dos sujetos —¿los boxeadores?— están a sus lados,

flanqueándole.

Quiero moverme. Entonces advierto que una cinta metálica me sujeta a la silla y que ésta tiene las patas encastradas en el cemento del suelo. Puedo mover las piernas y los brazos, pero no incorporarme.

—Díganos, Chillis, ¿quién es K-9?

—¿Está hablando en chino, Mac? No le entiendo.

—Su forma de negar es realmente virtuosa, Chillis —dice Mac—, aunque, a la larga, no le servirá de nada. Personas más tenaces que usted han acabado por sucumbir.

—Bueno, todo es cuestión de probar, ¿no cree? Siga, Mac; su conversación resulta altamente sugestiva.

—Sólo queremos que nos diga quién es K-9.

Dígallo, Chillis, y le aseguro que quedará libre.

—No sé nada de lo que dice, Mac. Me llamo Lark Chillis y soy empleado de la razón social «Martin & Son»...

—No siga; importación, exportación y demás... y encargado de un archivo por cuya posesión nosotros daríamos todo el oro que se extrae de las minas de los Urales durante un año.

—Vaya —exclamo con sorna—, al menos, es usted franco y reconoce de dónde viene, Mac. A pesar del Mac —agrego.

—De nada serviría el disimulo, Chillis. Entiendo que es muy loable que quiera guardar para sí los secretos que le han confiado, pero es que nosotros nos sentimos altamente interesados por esos secretos. O, al menos, por parte de ellos. En especial, por el paradero y la identidad de K-9.

—Repito que no sé nada, Mac; y añadido que todo cuanto haga será inútil. Ustedes se han confundido de tipo...

—Chillis —dice el sujeto tranquilamente—, hasta ahora ha soportado bien ciertas pruebas. Pero es que las que le esperan son infinitamente más duras. No podrá resistirlas, se lo anuncio desde aquí.

—¡Bah! Tonterías, Mac.

—¿De veras lo cree así? ¿No conoce lo que es una uña arrancada

en vivo?

Siento un helado escalofrío correrme a lo largo de la espalda. Sin embargo, procuro mantener mi sangre fría.

—Uno de los métodos favoritos de la Gestapo, según creo.

—Pero que daban buen resultado. ¿Le agradaría que lo probásemos con usted?

—Mire, Mac, a mí me parece usted, en medio de todo, un buen chico. Lo malo es que esto que está haciendo puede llevarle a la catástrofe. Vamos a hacer un trato: usted me suelta y yo me olvido de todo lo que ha pasado aquí. ¿Eh? ¿Le parece bien?

—Sí, siempre que me diga todo lo que deseo saber acerca de K-9.

Callo un momento.

—Mac, si piensa que voy a creer en sus promesas, es que su cabeza no rige —respondo—. No sé nada de K-9,

pero, aunque lo supiera, ¿cree que soy tan tonto como para decírselo? En cuanto se lo dijera, usted me metería bonitamente dos balas en el cuerpo, como hizo con Myra.

Mac no dice nada. Continúo:

—A propósito, ¿era tan grave el pecado de la pobre chica?

—Estaba cediendo —dice ceñudo—. En nuestra... organización, no podemos tolerar eslabones débiles.

—Lo siento. Esos dos tiros se los merecía mucho más usted mismo.

—Pero se los llevó ella.

—Sí.

Otra pausa.

—Vamos a hacer un trato, Chillis —dice Mac—. Voy a darle veinticuatro horas de tiempo. —Consulta su reloj, me parece—. Son las tres y media de la mañana. Dentro de veinticuatro horas justas empezaremos el tratamiento... y entonces —afirma con voz tajante, incisiva—, le aseguro que añorará todo lo que le ha pasado hasta ahora.

—Mi respuesta será siempre la misma, Mac.

—Todavía no sabe de qué somos capaces nosotros.

—Mac mueve una mano y uno de sus secuaces sale de la sombra. Se pone detrás de la silla y me suelta la cincha metálica.

Me incorporo. En el mismo instante, algo me golpea la nuca. Una vez más —¿y van...?— pierdo el conocimiento.

Día 5.º, a las 10,23.

Me despierto. Estoy en el dormitorio de costumbre.

Conservo la ropa que tenía cuando el sujeto me desmayó de un golpe. La nuca me duele horriblemente y no digamos la nariz. Haciendo un esfuerzo, me pongo en pie y acudo al baño, en donde, después de desvestirme, me doy una buena ducha fría, que me tonifica notablemente.

Al terminar, me visto. Por curiosidad, pongo la cara delante del espejo. Tengo una barba horrible. Miro por entre todos los cachivaches de tocador, ninguno de los cuales es de vidrio, temerosos de que me quite yo mismo la vida, si veo que no puedo resistir las torturas. Incluso el espejo es una plancha metálica muy bien pulimentada.

Pero hay una maquinilla eléctrica de afeitar. Con ella me quito el pelo de la cara. ¡Qué nariz, Santo Dios; parece un tomate maduro!

Salgo afuera. Esos tipos vigilan cuidadosamente mis menores movimientos. Ya está el carrito lleno de comida, Seguramente lo han introducido mientras me duchaba. Tenía apetito y me lleno el estómago. Bueno, todavía tengo un buen puñado de horas antes de decidirme.

Pienso en lo que he de hacer cuando vuelvan a interrogarme. De ninguna manera debo decir quién es

K-9.

Moriría él mismo... y una serie de personas más, hombres y mujeres, que dependen de él. Esto, aparte de los trastornos que nos crearía. No, he de aguantar como pueda.

Pero —y ésta es la pregunta que acude inmediatamente a mis labios—: ¿Podré aguantar?

Termino de comer y enciendo un cigarrillo. Trato de dar con un medio que me permita escapar. A tres millas diviso una casa. ¡Si pudiera llegar hasta ella!

Poco se imaginan sus pacíficos moradores lo que está sucediendo a tan corta distancia.

Si se lo dijeran, no lo creerían.

Pasa un buen rato. Es evidente que no puedo largarme por el cuarto de baño. ¿Y por la puerta?

La miro. Me acerco a ella. Toco suavemente con los nudillos. Aparentemente, es madera, pero, estoy seguro, entre las planchas de madera, hay otra de acero. Violentarla sólo con las manos es empresa superior a mis fuerzas. Ni siquiera tiene orificio interior de la cerradura, de modo que hasta ese recurso me es negado.

Reflexiono durante unos minutos.

¿Y por la violencia?

Vamos. ¿De qué armas puedo disponer?

No hay cuchillo; todo ha venido ya troceado. El tenedor es de plástico, así como la vajilla. Esos tipos no dejan nada al azar. ¿Los cuadros? Demasiado endebles. ¿La mesita de noche? Adosada a la cama. Lo mismo que la librería.

Entonces, ¿qué usar? Ya está. El carrito.

Vuelvo al ventanal y estudio el panorama. Sólo se trata de una carrera de treinta metros, un salto y afuera.

Naturalmente, para ello es preciso que primero inutilice al que venga a recoger el carrito. ¿Uno de los boxeadores? ¿Anita, la opulenta?

Sitúo el carrito frente a la puerta. Cuando ésta se abra...

Día 5.º, a las 12,02.

La puerta se abre. Uno de los boxeadores aparece bajo el dintel. El otro se mantiene a dos pasos del umbral.

Me lanzo hacia adelante con tremendo ímpetu. El carrito golpea al sujeto en las rodillas y lo derriba al suelo aparatosamente. Oigo una blasfemia.

El tipo pernea, quiere levantarse. Le pateo la mandíbula y chilla. Su compañero trata de intervenir. Se arroja contra mí, pero no detengo mi impulso. Sólo se trata de comprobar en la práctica lo que he visto en teórica muchas veces.

Agacho la cabeza y le golpeo en el mentón. El individuo abre los brazos, vacila y termina por caer.

Salto por encima de él. Me veo a dos pasos de una gran escalera en curva que termina en un amplio vestíbulo. La puerta está

entreabierta. Me lanzo hacia la escalera.

Bajo los peldaños de cuatro en cuatro. A mis espaldas suenan toda clase de blasfemias e imprecaciones. Una puerta se abre a mi derecha.

Cruzo el vestíbulo a toda velocidad. Oigo un chillido femenino.

¡Bang!

Alguien dispara contra mí. La bala se estrella contra el pulimentado mármol del vestíbulo y rebota con chirriante sonido.

Suena una voz.

—¡No dispaes, idiota!

Llego a la puerta y la abro. Me lanzo afuera a todo correr. El corazón me batanea locamente entre las costillas. ¿Lograré alcanzar la tapia?

Mis piernas se mueven como pistones de una locomotora a todo vapor. Destrozo un arriate, salvo un seto, tuerzo una curva. La tapia está ya a menos de quince metros.

El caminito enarenado me conduce a ella rectamente. Al otro lado está la libertad. Oigo voces confusas y me extraña que no disparen contra mí. ¿Será que no quieren alertar a posibles vecinos con el estrépito de las detonaciones?

La tapia está a cinco metros, a cuatro, a tres... Llego el momento del salto... ¡Ahora, arriba!

Algo me golpea el cuerpo cruelmente. Es como un latigazo propinado a la vez en todas las partes de mi anatomía. Resulta algo irresistible. Las fuerzas me abandonan de pronto y caigo de espaldas. Tardíamente comprendo mi error; en la barda de la tapia hay un alambre electrificado. No es muy fuerte la tensión, pero sí lo suficiente para derribar a un hombre y dejarlo sin aliento.

Como estoy yo mientras oigo el crujido de la gravilla. Trato de moverme, pero el esfuerzo me cuesta dolores insoportables. Un hombre se detiene a dos pasos de mí. Veo sus piernas entreabiertas. Otros se acercan a la carrera.

—Imbéciles —oigo la voz de Mac.

—Lo siento, jefe; actuó demasiado inesperadamente. No nos dimos cuenta hasta que...

—Cállate, idiota. Vamos, cargad con él y devolvedlo a su cuarto.

Siento que me izan a pulso. No puedo moverme, estoy tan débil como un niño.

Unos momentos más tarde, soy arrojado al interior de mi cuarto sin ceremonias. Ruedo por el suelo y quedo exánime.

La voz de Mac suena con acento de reproche.

—Rompió la tregua, Chillis.

—Un cuerno la tregua. Eso fue cosa suya, no mía —respondo.

—De todas formas, siga manteniéndola. Recuerde: la próxima madrugada, a las tres y media.

Y se marcha, dejándome tirado en el suelo.

Día 5.º, a las 21,00.

Seguramente, como castigo, me han dejado sin cena. De todas formas, la cuestión del alimento no es cosa que me preocupe demasiado.

Estoy sentado en el borde de mi lecho, reflexionando melancólicamente. Éste es el día quinto de mi encierro, lo cual significa que aún tengo quince por delante. Después será cuando mi jefe empiece a preocuparse por mi tardanza y de orden de buscarme a toda costa. Quizá extrañe que no le haya remitido una postal, como suelo hacer cuando me marchó de vacaciones, pero esto no le importará demasiado. Claro que cuando decida actuar, ya será tarde; estaré haciendo compañía a Myra en el jardín.

Pero no por ello cejo en mis propósitos de evadirme, como sea. Ya he probado que la fuga no es imposible, aunque sí difícil. El principal obstáculo es el alambre electrificado.

Pienso con método. Reviso la cama. El colchón está sujeto, no hay ni qué pensar en moverlo. Las lámparas están incrustadas en el techo. ¿Las sábanas?

Pruebo a rasgar una. Saco dos tiras, luego varias más; puedo atar a un par de personas. Dejo la otra sábana, quizá la necesite para arrojársele a una persona por encima y estorbarle la visión y los movimientos. La temperatura es muy buena y por eso no me han puesto mantas.

Bien, ¿y ahora, qué?

Hay que llamar la atención de los tipos que vengan a abrirme la puerta. Una cosa es segura: no dispararán contra mí sino cuando me hayan extraído el jugo. Por tanto, puedo actuar con relativa impunidad.

Pero ¿cómo hacer que suban?

Me estrujo la sesera. Entro en el cuarto de baño. ¿Arrancar el lavabo o la taza del inodoro? Me costaría demasiado trabajo sin herramientas. ¿El espejo? Está también sólidamente atornillado a la pared. El grifo que se me quedó en las manos ha sido repuesto.

De pronto veo tina cosa. Sí, ¿por qué no?

Me pongo al trabajo inmediatamente; esto puedo hacerlo con las manos.

Arranco de un tirón el cable eléctrico de la afeitadora por la parte en que se une a ésta. Luego, lentamente, con paciencia, voy pelando los conductores, hasta dejar unos centímetros de cada uno al descubierto. Después acercó los dos cables hasta llegar casi al enchufe. Inserto éste en la clavija correspondiente. Provocaré un cortocircuito y...

Oigo que se abre la puerta. Salgo rápidamente. Es Anita.

CAPÍTULO VI

Día 5.º, a las 22,03.

Afortunadamente, la cama presenta un aspecto normal. Las tiras de sábana están ocultas bajo la almohada. Anita no se dará cuenta, a menos que yo lo desee.

Viene sugestiva, con una deshabillé negra destinada a realzar sus numerosos encantos. En las manos trae dos copas y una botella de champaña. ¿Van a probar conmigo el método de la seducción?

—Tu disfraz de espía barata es casi perfecto —digo, sarcástico.

Ella no se inmuta. Sonríe sensualmente, enseñándome sus dientes.

—Estaba aburrida —me contesta, con voz ronca, susurrante—. Pensé que no te desagradaría una copa de champaña en buena compañía.

Deja la botella y las copas sobre la mesilla y se pasa las manos por las caderas, inspirando profundamente a fin de acentuar más todavía la prominencia de su busto pomposo. Me mira a través de las espesas pestañas. Sus labios están densamente cargados de «rouge».

—Sirve champaña, ¿quieres?

Me pongo en pie. Abro la botella. Es de vidrio auténtico. Le entrego una copa. Anita brinda.

—Por los dos, querido.

Bebo en silencio. Una o dos copas de champaña no me harán mal. Y, además, es bueno y está fresco.

Anita deja la copa. Serpentea hacia mí y me echa los brazos al cuello. Huele intensamente, quizá «Chanel núm. 5». Su aliento quema.

—¿Por qué eres tan testarudo, Lark? —pregunta.

—¿Por qué envían a una zorra contra mí? —digo. Mueve la

cabeza a derecha e izquierda.

—Me tratas mal, Lark, querido.

—Me estoy acordando de Myra. ¿No pasará ahora lo mismo?

—No. Conmigo no.

—Eso quiere decir que has recibido órdenes de seducirme. Muy bien, adelante.

—Eres injusto conmigo, Lark. No he venido a hacerte hablar. Sólo he venido a... —Pestañea provocativamente—. ¿No te lo imaginas?

—Lo que me imagino de ti no puede ser expresado en alta voz.

—Su contacto me turba, pero procuro dominarme.

—Querido —dice con su tono más dulce. Trata de besarme, pero la rechazo.

—Déjame, ¿quieres? De sobra sé a lo que vienes, conque ya te puedes largar por donde has venido.

Ella se separa. De pronto me doy cuenta de que no es así como debo actuar. Lanzo mi mano, agarro un brazo mórbido y la atraigo bruscamente hacia mí. Estrecho su cintura con fuerza, haciéndola laño casi, y la beso con furia. Anita cede, se desmadeja, «Cuidado, Lark», me digo. Corto el abrazo y sonrío. Ella sonríe también.

—Eres maravilloso, querido —suspira.

—Gracias, hermosa. —Miro hacia la mesilla—. Llena las copas, por favor. Voy al baño un momento, ahora vuelvo.

Anita obedece. Entro en el baño. El cable de la afeitadora sigue en el mismo sitio. Sólo falta establecer el contacto y...

Agarro los cables con ambas manos, por un lugar protegido debidamente, manteniéndolos lejos de mi rostro. Todo consiste ahora en que el cable de conexión de la afeitadora esté enlazado con la red general de la casa.

Un chispazo lívido. Las luces se van al diablo. Viene la oscuridad. Anita lanza un grito.

—¡Lark! ¿Qué ha pasado?

Salgo afuera precipitadamente. La luz de la luna entra por los ventanales.

—No lo sé —digo—. Parece que se trata de un cortocircuito. Espera un momento. No te muevas.

Anita permanece inmóvil. Me acerco a ella. Oigo voces abajo. El oscurecimiento debe de ser general. Los cables están unidos, de

modo que cada vez que repongan el fusible, estallará.

Con una mano, acaricio los hombros de Anita, mientras que con la otra tanteo bajo la almohada. Agarro una tira de sábana.

Se la paso en torno al cuello y le doy por detrás varias vueltas, antes de que pueda hacer nada. Aprieto con fuerza. Sorprendida, Anita no consigue hacer otra cosa que emitir una serie de gemidos entrecortados.

—Anita, ¿me oyes? Mueve la cabeza.

La morena obedece. Pego un par de tirones a la sábana a fin de hacerle comprender mis propósitos. Hablo en voz baja, junto a su oído. Ella ha subido las manos hasta la garganta, pero no puede hacer nada por librarse del dogal que amenaza con estrangularla.

Los gritos siguen abajo. Espero que no tarden en subir.

—Escúchame bien lo que te digo, Anita. Vamos a ir hacia la puerta. Llamarás para que abran.

Asiente con un espasmódico movimiento de cabeza.

Su cuerpo, pegado al mío, tiembla violentamente. Si hace algo, la mato.

Agarro los dos extremos de la tira con la mano izquierda, manteniendo la presión.

Estiro el otro brazo y cierro los dedos en torno a la botella de champaña.

—Oye, Anita —susurro—. Tengo la botella en la mano derecha. Harás exactamente lo que yo te diga. De lo contrario, primero romperé la botella contra tu cabeza y luego pasearé el cuello astillado por tu cara. ¿Me has entendido?

Los temblores de su cuerpo aumentan. La empujo con la mano izquierda hacia la puerta, manteniendo la presión en todo momento. No se atreve a ejecutar un movimiento sospechoso. Seguramente, está lívida.

Llegamos a la puerta.

—¿Hay alguna contraseña para abrir? Dice que sí con la cabeza.

—Bien, úsala.

Alarga el brazo derecho. Toca dos veces, luego una y luego dos. Tiro de su cuello ligeramente, retrocediendo un par de pasos para permitir que se abra la puerta.

Transcurren unos segundos. Una llave gira al otro lado. La puerta se abre. La silueta de un sujetó aparece enmarcada bajo el

dintel.

Bajo el brazo con todas mis fuerzas y le estrello la botella contra el cráneo. El golpe suena estruendosamente y el tipo se derrumba como un buey apuntillado. El cuello de la botella, sin embargo, continúa en mis manos.

Con la mano izquierda pego un violentísimo tirón hacia atrás. Anita cae de espaldas.

Me lanzo una vez más hacia abajo.

Sigue sin haber luz. Una lámpara eléctrica portátil oscila en el vestíbulo. De pronto oigo a mis espaldas un fuerte gemido.

Maldición, mi fuga ha sido advertida.

Un hombre me sale al encuentro. Alargo la mano derecha y luego la hago girar. El individuo empieza a chillar de modo espeluznante. Le pego una brutal patada en el vientre y lo derribo de espaldas.

Cruzo el vestíbulo. Oigo una voz femenina.

La sorpresa me paraliza por un instante. ¿Myra?

Al diablo Myra y su resurrección, si es que es verdad. Yo quiero escapar. Ya estoy en la puerta. La abro. Voy a cruzar el umbral.

Algo chasca en el aire con tremenda fuerza, con espeluznante sonido de mandíbulas que se cierran bruscamente. La luz de la luna me permite divisar dos o tres bultos negros de terrible apariencia. Veo unos puntitos verdosos fosforescer siniestramente.

Uno de los sabuesos se lanza sobre mí. Alargo la mano armada con el cuello de la botella y siento que hiero algo blando. El can se retira aullando tremebundamente.

Pero quedan los otros dos. Es inevitable que me venzan; no podré derrotarlos. Oigo sus blandas pisadas mientras corren hacia mí. Retrocedo un par de pasos y cierno la puerta de golpe.

Mi evasión ha sido frustrada.

Una voz llega desde abajo, seguramente desde los sótanos.

—¡El cortocircuito continúa! ¡No puedo disparar los fusibles!

Día 5.º, a las 22,21.

Bien, esto me dará tiempo para intentar algo por otro sitio. Ésta que tengo a mis espaldas es la puerta del jardín. Pero debe de haber, calculo, otra de entrada al edificio.

¿Dónde?

Una luz oscila de pronto frente a mí. Es una linterna y me deslumbra con su foco luminoso a menos de tres metros de distancia. Suena una voz imperativa:

—¡Tire ese vidrio, Chillis!

—Ni lo sueñes, bastardo.

Estoy como loco, ciego de ira. En este momento, ya no me importa cualquier cosa que puedan hacer contra mí. Me arrojo hacia adelante con la cabeza gacha.

Golpeo un pecho, un vientre, algo blando. El sujeto cae de espaldas, chillando agudamente. La lámpara se le escapa, rueda por el suelo y sus rayos, aunque bajos, alumbran una puerta abierta. Corro hacia allí.

Franqueo la puerta. En el mismo instante, alguien enciende una vela. La sorpresa me paraliza. Myra está frente a mí.

No puede ser, no puede ser... la vi morir... el pecho y las manos ensangrentados... le pegaron dos tiros a tres pasos de distancia... Pero la tengo delante, al otro lado de una gran mesa de comedor.

Myra agarra una máuser automática que tenía sobre la mesa y me apunta con ella.

—Quieto, Lark.

—Así que todo fue un truco —murmuro.

—Bueno, y eso ¿qué importa ahora? —responde, desafiante. Avanzo dos pasos. El vidrio sigue en mis manos.

—Quieto ahí, Lark, no se mueva; sentiría mucho tener que disparar contra usted —dice la pájara—. Y esta pistola tiene balas de «verdad», no de fogueo o anestésicas.

La miro fijamente. Si pudiera apoderarme del arma... Una pistola en mis manos me daría un poder invencible. No he usado jamás un arma semejante aunque, claro está, siquiera sea teóricamente, conozco su funcionamiento.

De pronto, con gesto brusco, lanzo el trozo de vidrio a la cara de Myra. Es una mujer guapa, así que tiene que cuidar sus facciones.

Se agacha, y yo, también. La pistola retumba. Un proyectil se incrusta a mis espaldas. Al mismo tiempo, he agarrado una silla y se la arrojo a las piernas. Trastabilla, vacila, manotea y acaba por caer. La pistola se le escapa de las manos. Salto como una fiera y me apodero del arma.

La luz vuelve en el mismo instante, deslumbrándome. Oigo un grito en el vestíbulo. Me vuelvo.

Un hombre aparece bajo el dintel. Tiene todo un lado de la cara cubierto de sangre. Debe de ser el sujeto al que paseé el vidrio por el rostro. Los ojos le brillan con fulgor satánico. Tiene una pistola en la mano.

Pero la sorpresa de verme armado le paraliza. Tiro, una, dos, tres veces... la pistola explota fragorosamente. El boxeador manotea frenéticamente y cae.

Salto hacia él y le quito su pistola. Ya son dos las que tengo. Me siento invencible mientras paso por encima de su cuerpo retorcido y salgo al vestíbulo.

Cuatro personas me cierran el paso: Mac, cuyas facciones aparecen todavía distorsionadas por el dolor; Anita, con el cuello amoratado y los ojos encendidos por la cólera; el cabeza cuadrada y el otro boxeador, también con la cara ensangrentada. Dos de ellos están armados.

Silencio. Nos miramos fijamente durante unos segundos. Ellos se dan cuenta de mis vacilaciones. La situación es terriblemente tensa. Puedo herir, matar a alguno, pero siempre quedarán más vivos para liquidarme.

—Está perdido, Chillis —dice el cabeza cuadrada—. Tire esos cacharros.

—Lo mismo puedo decirles yo, ¿no creen?

—Ya ha causado bastantes estropicios —rezonga. Mac—. Deje la artillería.

—Claro —respondo con sarcasmo—. Y en cuanto lo haga, ustedes se aprovecharán de ello para torturarme de nuevo. Bien —añado—, en el punto a que han llegado las cosas, no me importa lo que pueda suceder dentro de cinco segundos. Voy a empezar a tirar si no son ustedes los que sueltan sus armas; uno o dos caerán al menos... y si me liquidan, no tendré que soportar sus torturas.

Hago una ligera pausa.

—¡Al suelo las armas! —ordeno perentoriamente.

Dudan unos segundos; luego, las pistolas rebotan sobre el mármol. Contengo un grito de alegría. ¡Voy a poder escaparme!

Entonces algo estalla detrás de mi cabeza con fragoroso estruendo.

Alguien suelta una estridente carcajada. Mientras caigo hacia adelante, me digo que soy un tonto y un estúpido.
¡Mira que haberme olvidado de...!

CAPÍTULO VII

Día 6.º, a las 4,50.

Despierto con un terrible dolor en la nuca. Siento náuseas, quiero moverme, pero cada vez que lo intento, el dolor se convierte en una barrena que me taladra el cerebro.

Dejo pasar unos momentos. Las oleadas de dolor ceden poco a poco, lo suficiente para permitirme abrir los ojos y darme cuenta de que estoy en la habitación.

Menos mal; temí despertar en la celda de muros de acero. Hago un esfuerzo y me siento.

A pesar del apuro en que me hallo, no puedo por menos de sonreír. ¡Menudo estropicio les causé ayer!

Creo que en lo sucesivo reflexionarán un poco más antes de meterse conmigo. De pronto me estremezco. Recuerdo que maté a un hombre.

Pienso durante largo rato. La idea de que el sujeto a quien maté era un forajido no logra tranquilizarme del todo. A fin de cuentas, era una vida humana. Pero en aquellos instantes, estaba convencido de que iba a tirar contra mí.

De todas formas, ya no puedo hacer nada para evitarlo.

Haciendo un esfuerzo me pongo en pie y me dirijo al baño. Meto la cabeza bajo el agua fría durante largo rato. El chichón de la nuca va cediendo.

Me seco en tanto pienso en Myra. Estoy decepcionado; en medio de todo, había llegado a creerla una buena chica. Pero esa clase de gente no rectifican jamás. Al diablo con ella.

¿Y Anita? Debió de pasar un pánico infernal, con la tira de sábana en torno a su cuello y el vidrio astillado a unos centímetros de su cara. Se merecía unas cuantas rajadas, la prójima.

En uno de los estantes veo aspirinas. Me tomo dos con unos

sorbos de agua. Luego me seco. Sintiéndome algo mejor, salgo afuera.

Myra está allí.

Día 6.º, a las 5,20.

Viste una blusa de manga corta y pantalones negros, muy ajustados. Sus largos cabellos rubios están recogidos en una tirante «cola de caballo». No lleva maquillaje; acaso los ojos un poco retocados, pero sus labios están limpios. Sería una muchacha magnífica si no fuera lo que es.

Veo el carrito con servicio de café. Sin pronunciar una palabra, cruzo el dormitorio y lleno una taza. Bebo pausadamente. El café está muy bueno. También hay cigarrillos. Estoy pensando en una cosa: no debo dejarles descansar. Atacar, atacar continuamente.

Pero ¿cómo? ¿Con qué?

Ahora, hasta me han desprovisto de las sábanas. Incluso me han dejado las almohadas de espuma sin funda.

Bebo otra tasa. Myra continúa apoyada en la pared, con los brazos cruzados.

—Anoche la organicé buena, ¿eh? —digo.

—Murió uno de los nuestros. Finjo indiferencia.

—¿Y qué? ¿No es eso lo que pretenden hacer conmigo, una vez hayan obtenido lo que quieran?

—Usted es un hombre duro, Lark.

—Celebro la buena opinión que tiene de mí, Myra.

Voy hasta la cama y me reclino sobre las almohadas, fumando con aspecto negligente.

—Nos equivocamos con usted, Lark. Suelto un gruñido. Ella continúa:

—Le elegimos tras haber estudiado el sujeto que mejor podría convenimos para nuestros propósitos. Debo confesar que hemos fallado lamentablemente. Llevamos ya seis días y aún no hemos obtenido nada de usted.

—Y se cansarán, porque pienso resistir hasta el final.

—Es prematuro cantar victoria, Lark.

—Bueno, con tal que aguante catorce días más... Cuando me echen en falta, mi jefe me buscará por todos los medios. ¿Sabe que

quizá lo haga antes?

—¿De veras?

—Sí. Suelo enviarle una tarjeta siempre que voy de vacaciones. Este año no la recibiré. Sabe que soy hombre metódico; no un reloj suizo, pero no tan descuidado como hasta el punto de descuidar ese detalle de cortesía. —Medito unos instantes—. Suele recibir la tarjeta en la primera semana de mis vacaciones. Cuando llegue la segunda y no la haya recibido, sospecharé que maya podido ocurrirme algo malo. Entonces, indagará en el lugar donde dije iba a descansar y...

—Su jefe no hará nada —dice Myra—. Ya ha recibido la postal. Las palabras de la chica me dejan frío.

—Está mintiendo.

—Como quiera, Lark.

La miro en silencio un rato.

—Ustedes no dejan nada al azar, ¿eh?

—Imagínese.

—¿Qué interés tienen en

K-9?

—Usted tiene a su cargo los archivos de la sección correspondiente. Puede figurárselo fácilmente.

—Entiendo. Descubriendo a

K-9,

destrozarán la red.

—Exactamente.

—Lo siento, Myra. No hablaré.

—Le advierto que tenemos procedimientos...

—Es inútil —insisto. Y añado—: Hasta ahora los he conocido todos: la tortura física y síquica y la atracción femenina en dos figuras contrapuestas. Usted, suave, dulce, delicada... y Anita, violenta, voluptuosa y sensual. Usted es la única que estuvo a punto de conseguir algo de mí, aunque no lo que esperaban, por supuesto. Pero me ha decepcionado.

—¿Por qué? ¿Por fingir que había muerto?

—Sí. Créame, sentí de veras su muerte. Sonríe.

—Eso me gusta, Lark.

—Bien, no acostumbro a mentir. ¿Cómo lo hizo?

—Una ampollita de líquido rojo escondida en el pecho. La

reventé con los dedos y... «¡voilà!».

—Un truco muy bien ideado, confieso que me engañó por completo. Lo del boxeador, ¿fué también un truco?

—No. Las balas eran auténticas.

—Como la que disparó contra mí.

Me mira a través de los párpados entrecerrados.

—¿Cree que si hubiera querido acertar, no lo habría conseguido? Traté de intimidarle, pero no creí que reaccionara de aquella manera.

Suelto una risita.

—El vidrio la asustó, ¿eh?

—¿A qué mujer no la habría asustado, Lark?

—Anita debió de pasar un miedo espantoso —digo.

—Está que echa lumbre.

—Me lo imagino. De todas formas, cuando venga por aquí, dígale que tenga cuidado.

—Sí, se lo diré.

Me levanto. Camino hacia ella. Otra vez la tomo por los hombros. Pero permanece inmóvil, inexpresiva.

—Me gustaría encontrármela en otras circunstancias, palabra.

—¿Para qué?

—Aquí, en este lugar, es imposible hablar. Yo la convencería a usted.

—¿De qué?

—De su forma de actuar y de pensar. Le haría ver la vida tal como es y no como ustedes quieren que sea; le haría comprender que éste es un país donde se puede vivir y amar libremente, sin temer que el vecino nos esté espiando constantemente...

Se suelta de mis brazos y se separa.

—Ese disco está ya muy gastado, Lark.

Camina hacia la puerta y hace la contraseña de llamada.

—Piénsalo bien —dice fríamente—. En cualquier momento empezarán con usted otra vez.

—No hablaré.

La puerta se abre. Diviso una cabeza vendada.

—Sí hablará, Lark —dice Myra. Y se marcha.

Día 6.ª, a las 9,00.

Nadie ha venido a verme. Por el momento, estoy solo,

abandonado y hambriento, aunque no sediento.

He terminado el café y consumido la mitad de los cigarrillos del paquete. Pienso en cuál será el próximo paso que den los forajidos. De todas formas, me digo, no debo preocuparme sino hasta que empiecen. De momento, ¿por qué no pensar en la forma de largarme?

Está visto que por el patio no puede ser. El alambre electrificado y los sabuesos. ¿Y la puerta principal?

Me admira la paciencia de esos sujetos. Cuando quieren obtener una cosa, no les importa el tiempo. Pero hay algo en que debo fijar mi atención: tratarán de obtener mi confesión antes de que expire el plazo de mis vacaciones.

¿Y después?

¿Qué método emplearán para justificar mi muerte? Tienen que hacerlo de una forma lógica, que no despierte sospechas. Mi desaparición las provocaría de inmediato. Claro que hay una forma muy sencilla: un accidente de automóvil puede sufrirlo cualquiera. Y si luego se incendia el vehículo, miel sobre hojuelas...

La puerta se abre súbitamente. He resuelto que no debo permanecer quieto un solo instante. Mac y el cabeza cuadrada penetran en la estancia. Voy a lanzarme sobre ellos, pero en aquel instante, el boxeador superviviente me encañona con un subfusil Thompson.

El estómago se me contrae bruscamente. Los ojos del boxeador brillan con fulgores homicidas.

—Si pestaña, lo quemo —dice.

Retrocedo lentamente, como fiera acorralada. Esta vez, la cosa parece en serio.

El boxeador cierra la puerta de una coz. Mac me mira de muy mal talante; tiene un moretón en el pómulo izquierdo.

Cabeza cuadrada avanza hacia mí. Me agarra con la mano izquierda por la camisa.

—¿K-9? —pregunta.

—No sé nada —respondo.

Su puño se estrella contra mis labios. Siento el gusto salado de la sangre.

—¿K-9? —repite.

Le escupo a la cara, saliva y sangre, todo mezclado. Cabeza

cuadrada me arrea un voleón que me hace dar dos vueltas seguidas sobre mí mismo y luego salgo proyectado contra el lecho.

Bien, han empezado ahora por la parte de la violencia. El sistema síquico, vendrá más tarde.

El rubio se arroja sobre mí. Estoy de espaldas en el lecho. Cuando me va a agarrar por la camisa para levantarme, le estrello los pies contra la cara. No he practicado un deporte violento en los días de mi vida, pero cuando uno se enfada de veras, parece como si los conociera todos. El sujeto se lleva las manos a la cara y se desploma aullando. ¿Éste era el hércules?

Mac lleva un bastón en la mano. Se acerca haciendo molinetes. De pronto me descarga un golpe entumecedor en el muslo izquierdo. Suelto un ladrido de dolor.

La pierna me falla y caigo medio arrodillado. Mac quiere repetir el golpe. Entonces, agarro el bastón con las dos manos y pego un tremendo tirón.

Mac vacila, quiere conservar el equilibrio. A pesar de que todavía tengo la pierna como dormida, me pongo en pie. El bastón ya ha pasado a mí poder. Se lo rompo en las costillas y el sujeto se pone a chillar.

Entonces me lanzo hacia la puerta, pero el boxeador me para en seco con la Thompson.

—Quieto o le lleno la barriga de plomo.

Con medio bastón en la mano no se puede luchar contra una ametralladora. Me detengo, buscando el modo de hacerme con el arma. Si lo consiguiera...

De pronto, un brazo se ciñe en torno a mi cuello. Una mano me agarra el brazo derecho y me lo retuerce cruelmente hacia arriba. El aliento del rubio me quema el oído.

—¿K-9?

Callo. El sudor inunda mi frente. Veo a Mac, puesto en pie, con las manos en los riñones doloridos a causa del garrotazo.

Cabeza cuadrada repite la pregunta.

—¡Váyase al infierno!

La presión de su mano aumenta. El dolor es ya intolerable.

—Le romperé primero un brazo y luego el otro —susurra junto a mi oreja—. Luego le quebraré hueso por hueso hasta que nos diga todo lo que queremos saber. ¿Me ha comprendido?

Por si fuera poco, su brazo izquierdo me oprime el cuello como si fuera un dogal.

Siento que me falta la respiración.

—Hable, Chillis.

El dolor es insufrible. Temo que no voy a poder soportarlo. Pateo un par de veces, pero el rubio esquiva fácilmente, mientras ríe a carcajada limpia.

No puedo resistir más, debo ceder... y hablar... Pero, no, no... decenas de vidas dependen de mí... ¿Qué hacer?

Hombre, ¿y por qué no lo he pensado antes?

Relajo los músculos y lanzo un suspiro. Cierro los ojos, fingiendo haber perdido el conocimiento.

—Está desmayado —grita Mac coléricamente.

El rubio me suelta. Caigo al suelo y permanezco inmóvil, con los ojos cerrados.

—Ese maldito idiota —farfulla.

El brazo me duele horriblemente. Si un día salgo de ésta, se la haré pagar bien cara.

—Trae agua —ordena Mac.

Me mojan la cara. Gruño algo entre dientes. Es obvio que no puedo continuar con el desmayo por mucho tiempo. Pero no pienso rendirme mientras quede en mi cuerpo un soplo de vida. Aunque no sea más que un golpe de cada diez, trataré de devolverles los que me asesten.

Me pongo en pie, fingiendo torpor. Lo que no es ficción es el intensísimo dolor del brazo. Parpadeo unos momentos. Bueno, si el gorila quiere, que dispare su metralleta; así acabaremos antes.

El rubio está a dos pasos del ventanal. Bajo la cabeza y arremeto contra él como un búfalo enfurecido. Le golpeo bajo la mandíbula y el sujeto sale proyectado contra los vidrios. Éstos resisten su impacto.

Mac retrocede. Está asustado. Debo de presentar un aspecto horrible.

—Ahora te toca a ti —digo, estirando mis manos hacia su cuello.

—¡No! —chilla, loco de pánico—. ¡Maxie, tírale!

—El boxeador me encara la metralleta. Un segundo más y acabaré destrozado a balazos.

La puerta se abre en aquel instante. Es Myra.

—Quietos —ordena secamente.

Mac se seca el sudor. Respira aliviado.

—Quería... matarme... —dice con voz estrangulada.

Myra le contempla con desprecio. Luego se encara con el gorila.

—Baja el arma, tú.

Maxie obedece mansamente. El rubio empieza a gruñir.

—Frol —dice Myra—, el jefe te llama. Así que el cabeza cuadrada se llama Frol.

Se pone en pie y sacude la cabeza. Todavía le dura el aturdimiento. Sus ojos me dirigen una mirada de cólera.

Pero no dice nada y, silenciosamente, sale de la estancia. Los demás se marchan también y me dejan solo.

Día 6.º, a las 10,00.

El brazo maltratado me duele todavía. Procuro calmarme, dando masajes suaves en la parte afectada. De todas formas, no me siento demasiado descontento. La partida ha quedado en tablas... por ahora. Pero el recuerdo de los golpes que devolví me hace reír. Mac tendrá los riñones doloridos durante muchos muchos días.

Siento hambre. Esos pajarracos no me han dado de comer todavía desde hace casi veinticuatro horas. Bueno, puesto que estoy en plan belicoso, vamos a demostrarlo continuamente.

Me dirijo a la puerta y la golpeo con los puños. Al cabo de unos momentos, se abre. El cañón de la Thompson se apoya en mi nariz.

—Adentro —gruñe el gorila.

—Tengo hambre —digo.

—Adentro.

—¡Quiero comer! ¿Me oyes? —vocifero, con ánimo de ser oído en el resto de la casa—. Especie de mono, quiero comer.

Si cañón de la metralleta me golpea suavemente la nariz. No ha sido más que un toquecito, pero como ya la tengo resentida, las lágrimas brotan de inmediato de mis ojos.

—Métase adentro —dice el sujeto. Y para terminar de apoyar sus palabras, pone el cañón de la Thompson en mi pecho y empuja con fuerza. Retrocedo, vacilante. Cuando quiero darme cuenta, la puerta se ha cerrado de nuevo.

Día 6.º, a las 13,10.

Anita entra empujando un carrito con comida. Me mira de muy mal talante. Tiene unas cuantas señales amoratadas en el cuello.

—Parece que ayer nos divertimos un poco, ¿eh?

—Vete al infierno —gruñe.

Empiezo a comer. Mi apetito es grande. Ella me contempla en silencio.

—¿Quién es el jefe? —inquiero súbitamente.

Se sobresalta. Mi pregunta la ha cogido desprevenida.

—No entiendo —dice.

—Tonterías —contesto—. Myra entró ayer cuando esos tipos me estaban zurrando y dijo a Frol que le llamaba el jefe por teléfono. ¿Lo conoces tú?

—No, pero aunque lo conociera...

Extiendo mi mano armada de un tenedor de plástico hacia ella.

—Escucha, Anita —digo—, te has metido en un mal lío. No sé por qué ayudas a esta banda de canallas, pero no creo que tú seas una mujer de las que piensan igual que ellos. Un día, lo quieras o no, este pastel se descubrirá y entonces, lo pasarás mal, muy mal.

Hago una pausa y tomo un trago de agua.

—Una mujer que liquida a su marido por celos, tiene ciertas probabilidades de impresionar a un jurado, sobre todo, si es joven y bonita, como tú. Pero cuando esa misma prójima se ha metido en líos gordos, de actividades antiamericanas, los jurados ponen muy mala cara. ¿Comprendes?

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme? —pregunta, indiferente.

—Al menos, ya estás advertida.

—Lo sabía hace tiempo. ¿Alguna otra pregunta?

—Muchas, pero como sé que no vas a querer contestarme, me callo.

—Tienes razón —dice. Y se va, con gran contoneo de caderas. No lo hace adrede, es que es así, la fulana.

El tiempo pasa.

A la noche vienen a buscarme. Dos.

CAPÍTULO VIII

Día 6.º, a las 22,50.

Uno de ellos es el gorila al que rompí la botella de champaña en la cabeza. El otro es nuevo.

Es un hombre joven, de ojos muertos, como de pescado. Tiene el cráneo completamente afeitado y los pómulos salientes. Se ve que quiere imitar a Brynner. Lo hace muy mal, desde luego; en cambio, se las arregla mucho mejor para sostener la metralleta con una sola mano.

—Vamos —dice el gorila.

—¿A dónde?

—Ya lo verá. Vamos.

El pelado es mucho más peligroso, infinitamente más peligroso que el gorila de la cabeza vendada. Balancea la metralleta con negligencia, pero se ve claro que disparará en una fracción de segundo, apenas tuerza yo la boca a un lado. Quieto, Lark, me digo. Y salgo de la habitación.

Descendemos por las escaleras. El gorila viene a mi lado; el pelado detrás. Miro a Maxie con el rabillo del ojo; el lado izquierdo de su chaqueta tiene un abultamiento. No hay duda de que guarda una pistola bajo el sobaco. Por falta de precauciones no fallará.

Con gran asombro por mi parte, veo que cruzamos el, vestíbulo. Maxie abre la puerta.

—Salga —me dice, pero, por si acaso, me agarra del brazo derecho.

—No aprietes, mula —digo—. Todavía lo tengo dolorido.

—Cállese —ordena el mongol.

No hemos visto a nadie. Estarán dentro, observándonos sin duda. Estoy desconcertado. ¿Qué es lo que pretenden de mí esos tipos?

Caminamos con paso normal. Maxie me conduce sin soltar mi brazo un solo instante. Atravesamos casi todo el ámbito del jardín. De pronto, nos detenemos en un claro, a cuatro metros de la tapia.

Trago saliva. Hay un bulto envuelto en una manta, tendido en el suelo. A su lado, un pico y una pala.

—¡A cavar! —Gruñe el gorila. Me vuelvo en redondo.

—No.

Maxie me suelta un mamporro que me tira por tierra. Furioso, me abalanzo sobre las herramientas. Maxie llega antes, me agarra por los cabellos y me echa atrás la cabeza. Sus ojos me miran de muy mala manera.

—¡A cavar!

—He dicho que no.

Sus dedos se cierran sobre mi nariz.

—No le vamos a matar —sisea ominosamente—, pero podemos hacerle, desear la muerte. ¿Estamos?

—Y me pega un enorme apretón en la nariz, que me obliga a lanzar un aullido de dolor.

—Está bien —jadeo—. Suélteme, maldito hijo de perra.

Me pega una patada en el costado y caigo de lado, sin aliento. El mongol contempla la escena fríamente, a un lado, manteniendo la metralleta en alto. Parece divertirse mucho.

Poco a poco, me voy poniendo en pie. Agarro el pico y empiezo a cavar.

Día 6.º, a las 23,50.

Ha transcurrido una hora.

Tengo los riñones doloridos y las manos ampolladas. Esto de cavar sepulturas no se ha hecho para mí.

Además, el suelo es muy duro. En una hora, apenas si he conseguido profundizar sesenta o setenta centímetros. Suelto la pala y me siento en el borde de la fosa, respirando a pleno pulmón.

—Vamos, continúe —rezonga Maxie.

—Estoy cansado —me defiendo.

—He dicho que...

Le apunto con un dedo.

—Óyeme bien, especie de hijo de mula, yo no tengo prisa. Si

quieres golpearme, puedes hacerlo, pero con ello no conseguirás que excave más aprisa, ¿estamos? Así que ahora me voy a tomar un pequeño descanso y luego continuaré. Total —añado, mirando al muerto—, a ése no le importan ya unos minutos más o menos. Quiero un cigarrillo —termino.

Maxie mira a su colega. Éste asiente.

Fumo, inhalando el aire a pleno pulmón. Una vez más, estoy forjando un plan de escapatoria.

La manta delgada y de lana, cubre al muerto sencillamente. Ahora que tengo los ojos habituados a la oscuridad, lo veo claramente. Un tirón, lanzarla sobre la tapia y quedaría aislado del cable electrificado. La lana es un mal conductor de la electricidad.

Pero antes tendré que deshacerme de esos dos tipos. El mongol no me quita ojo de encima. Él es el más peligroso de los dos. Si logro inutilizarle, Maxie, pese a su corpulencia, será más fácil de reducir.

Termino el cigarrillo. Vuelvo al trabajo, pero antes de agarrar la pala, miro al reloj. Ya he entrado en mi séptimo día de cautiverio.

Día 7.º, a las 0,03.

Lentamente, voy sacando palada tras palada de tierra. No me apresuro. Estoy buscando el momento más adecuado para hacerlo. Apoyado en un árbol, Maxie fuma tranquilamente mientras me contempla trabajar. En cambio, el otro se mantiene tenso y vigilante en todo momento.

¿Cuándo diablos voy a poder intentar la escapatoria?

El mismo mongol me proporciona la ocasión. Con la mano izquierda saca un cigarrillo y se lo pone en la boca. Luego, saca el encendedor y lo hace chasquear. Su rostro queda iluminado en rojo durante unos segundos.

¡Ahora!

Tengo la pala llena de tierra. Tomo impulso y le arrojo todo el contenido a la cara.

El mongol blasfema. Ha quedado cegado momentáneamente y, al hacer un gesto instintivo para protegerse y limpiarse, se le cae el arma.

¡Ahora!

Maxie blasfema. Salto fuera de la fosa. Empujo al mongol a un lado. Me agacho, agarro la metralleta.

Estalla un disparo. La bala se hunde en el suelo a dos centímetros de mi mano derecha.

Pero la Thompson ha pasado ya a mi poder.

La boca del arma ruge y llamea. La Thompson baila unos instantes en mis manos hasta que logro afirmarla. Entonces suena un feroz alarido.

El chorro de balas se hunde en el cuerpo de Maxie, lo golpea, lo zarandea de un lado para otro y al fin lo lanza contra el árbol. La pistola ha saltado de su mano. Dios sabe adónde, entre unos arbustos. El pistolero queda sentado, con la cabeza doblada sobre el pecho, sangrando como un cerdo.

Me vuelvo en redondo. El mongol no está.

Oigo un crujido de matorrales. Lanzó una descarga hacia aquel punto. No oigo ningún grito de dolor.

Miro hacia la casa. Allí sí gritan. Aprieto el gatillo y tengo la satisfacción de ver volar algunos cristales por los aires. Suenan más gritos. El arma calla de pronto.

Las municiones se han acabado. Tiro el arma todo lo lejos que puedo. Me inclino y agarro la manta. Corro hacia la tapia.

Estiro los brazos y arrojo la manta sobre la barda. Oigo más gritos y voces de alarma.

Retrocedo dos o tres pasos. Tomo carrerilla y salto, estirando los brazos. Mis manos se agarran al borde de la tapia. Entonces creo morir de dolor.

Suelto un terrible aullido. La manta es fina y si pudo servir de aislador, no ha podido, en cambio, impedir el paso a su través de las agudas puntas del alambre de espino con que está forrada la barda en toda su extensión. Con las palmas de las manos llenas de ampollas, el dolor es realmente insufrible. Caigo de espaldas y ruedo por el suelo, con los ojos llenos de lágrimas.

Alguien corre hacia mí. Una lámpara eléctrica me enfoca el rostro, deslumbrándome.

Un pie me golpea el hombro. Oigo la voz colérica del mongol.

—¡Maxie está muerto!

—El hijo de perra —dice Mac. Y me pateo de nuevo, presa de un intolerable ataque de ira. La punta de su pie me alcanza en la sien y

me desvanezco entre un huracán de llamas de dolor.

Día 7.º, a las 7,15.

Estoy de nuevo en la celda de paredes de acero. Mis manos me duelen horriblemente, a pesar de los vendajes y de la cura que debieron de hacerme mientras permanecía inconsciente.

Trato de separar el dolor de mis sentimientos, hacerlo a un lado, anestesiarme psíquicamente. Al cabo de unos momentos, consigo concentrarme en mis pensamientos y olvidar mis lesiones.

Miro las paredes de la celda. No han variado de aspecto desde el último día que estuve en ella. ¿Qué pretenderán hacer ahora conmigo?

Pronto voy a averiguarlo. La luz de extingue.

Transcurren algunos segundos. De súbito, el proyector entra en funcionamiento. Un tablero de ajedrez, blanco y negro, de medio metro de lado, aparece ante mis pupilas, a cuatro pasos de distancia.

El tablero se transforma de repente en una espiral que gira, gira y gira en sentido inverso, esto es, alejándose. O, mejor dicho, dando la sensación de que se aleja. Pero, de repente, invierte el giro y la espiral se acerca.

Al mismo tiempo, oigo un sonido. Es un ligero silbido, cuyo volumen aumenta poco a poco. Muy agudo, llega un momento en que el ruido resulta intolerable. Trato de taparme los oídos con las manos, pero todo es inútil; el silbido traspasa todos los huesos de mi cráneo y retumba en el interior de mi cerebro.

Cierro los ojos. Entonces, el proyector empieza a lanzar chispazos. Los fogonazos, que taladran la débil protección de mis párpados, están acompañados de un nuevo sonido. Es como si apoyaran un yunque junto a mi oído y un herrero empezara a martillar en el mismo con una enorme mandarina de acero.

El tormento se prolonga durante largo rato. ¿Cuánto?

Día 7.º, a las 10,28.

Los fogonazos y los golpes de mandarina continúan. Unos y otros

vibran dentro de mi cuerpo, sometiéndome a un tormento intolerable. ¿Era esto lo que me habían prometido como segundas partes de su tratamiento?

Día 7.º, a las 12,43.

Todo sigue igual. Ya ni me protejo los oídos. En cambio, los ojos, sí puedo aliviarlos, tendiéndome de bruces sobre la colchoneta. Pero son cinco largas horas soportando el ruido. Si esto sigue así mucho tiempo, acabaré por enloquecer.

El ruido cesa de pronto.

Levanto la cabeza. No lo puedo creer.

Una hora más tarde.

Un denso silencio me envuelve. La ausencia de ruido me hace sentirme como si me hubiesen vaciado el cráneo. ¿Qué diabólica tortura emplearán ahora contra mí?

Un tremendo chorro de agua helada surge del orificio por donde penetraban las imágenes. Lanzo un aullido de dolor; el agua está a cero grados.

A oscuras, retrocedo hasta la pared del fondo. El agua continúa mojándome. Me desvío a un lado.

La caída del agua no se interrumpe. En unos segundos me alcanza a los tobillos.

Cuando el líquido me llega a las rodillas, ya no siento los pies.

Doy diente con diente. Tirito, mientras el nivel del líquido continúa subiendo rápidamente. Ya me llega a los muslos, al bajo vientre... El frío es horrible.

En un cuarto de hora, el agua me alcanza la barbilla. Y sigue cayendo, en medio de una impenetrable oscuridad, que contribuye a hacer las cosas más tétricas. Esta vez van en serio.

El nivel del líquido alcanza mi barbilla, la boca... Me pongo a nadar, pero tengo los brazos y las piernas poco menos que insensibles y me sumerjo. Instintivamente, trato de respirar. Trago una bocanada de agua. Está horriblemente salada. Braceo enérgicamente. El frío me invade hasta los huesos. A pesar de todo,

lucho por mi vida. De pronto, toco el techo.

Me vuelvo de espaldas, procurando mantenerme a flote. En el agua salada, la capacidad de flotación del cuerpo humano aumenta, Pero la distancia de la superficie del líquido al techo disminuye por segundos. Mi cabeza roza ya las planchas superiores. Pronto quedará lleno el cubículo.

Ya está lleno. Me encuentro sumergido por completo dentro del agua. Mi capacidad de reacción se extingue rápidamente. Opto por abandonar y dejarme ir al fondo. En unos minutos habré perdido el conocimiento y...

¿Qué es esto?

Un terrible hormigueo me recorre todo el cuerpo. Me retuerzo como un poseso. El hormigueo cesa. ¿Qué sucede?

La sensación de dolor vuelve. Ahora comprendo lo que pasa. Hijos de...

Han conectado dos alambres eléctricos al agua salada, un magnífico agente conductor. Claro está que la intensidad de la corriente debe de ser mínima; de lo contrario habría perecido electrocutado a las primeras de cambio.

Pero esto es más de lo que puedo soportar y me hundo en el agua. Al fondo.

Día 7.º, a las 15,00.

Despierto sobre la colchoneta, tiritando y dando diente con diente. La lámpara del techo está encendida. Veo que mi epidermis está violácea. La colchoneta de espuma suelta agua como una esponja. Quisiera moverme, pero no puedo.

Que hagan conmigo lo que quieran, digo, al límite de mis fuerzas. Pero tengo miedo a hablar. Si hablo, unas decenas de hombres y mujeres morirán a miles de millas de aquí.

¿Vale mi vida las suyas?

Una voz suena de pronto.

Tiene acentos susurrantes, persuasivos, pero no sé si es Myra la que habla o Anita o Mac.

—¿Chillis?

No contesto, ignoro si me pueden oír.

El fulano parece adivinar mis pensamientos.

—Le dijimos que todo lo que había pasado sería nada con lo que podría pasarle, Chillis —continúa—. ¿No quiere hablar?

Silencio. Prosigo tendido boca abajo en la colchoneta empapada.

—Podemos oírle, Chillis —dice la voz—. Sólo tiene que decirnos una cosa y sus sufrimientos habrán terminado.

Sí, con la muerte, pienso.

—Hable, Chillis. Es tan poca cosa lo que tiene que decirnos...

Pasan unos segundos. De pronto, el megáfono chilla estentóreamente.

—¡Hable! ¡HABLE! ¡HABLE!

Han dado el máximo de volumen al altavoz. El estruendo es terrorífico. Durante unos minutos continúan aturdiéndome con sus vociferaciones, alternadas con terribles improperios. Estoy débil, aturdido, a punto de desmayarme, pero resisto.

Callan un poco. Luego, vuelven a la carga, pero con mejores modales.

—Oiga, Chillis, si nos dice lo que queremos saber, le prometemos solemnemente soltarle sin causarle el menor daño. Después de que haya confesado, le retendremos durante cuarenta y ocho horas, dos días tan sólo. No le mataremos, créanos. Incluso podrá decir a su jefe lo que le ha pasado, no nos importa. Para entonces, ya no podrán hacernos nada. Como puede apreciar, es una proposición bastante sensata.

Reflexiono durante unos momentos. Verdaderamente, pasar de nuevo por aquellos tormentos es un mal trago y no me gustaría volver a padecerlos otra vez.

—Usted es un sujeto valeroso y porfiado, Chillis —dice la voz—. Hemos de confesar que nos equivocamos. Le elegimos a usted, porque creímos que sería el más blando de su oficina, pero hemos sufrido un error mayúsculo. Nadie sabe de qué es capaz un hombre hasta que se le pone a prueba. Posiblemente, de haber elegido a otro, habríamos triunfado mucho antes. Vamos, ¿qué nos contesta?

—Antes de hacer nada —contesto—, quiero que me dejen reponerme durante varias horas. De lo contrario, pueden dar comienzo a la fiesta de nuevo.

Una pausa.

—Bien —contesta la voz—. Aceptado. Último plazo, hasta las diez de la noche. ¿O. K.?

—O. K. —contesto.

Y casi en el acto, me pregunto: ¿Qué haré cuando se haya cumplido el plazo?

CAPÍTULO IX

Día 7.º, a las 20,47.

He comido y he saciado mi sed. El frío ya ha pasado, aunque todavía me zumban los oídos, después del mal trato sufrido. Las manos me molestan considerablemente, pero puedo manejarme bastante bien. Me han dado ropa limpia y me han puesto hasta cigarrillos. Las sábanas han sido repuestas y la habitación presenta un aspecto inmaculado.

En cambio, el que está hecho polvo soy yo. Si ahora rechazo sus proposiciones —y estoy obligado a rechazarlas—, las torturas serán inenarrables. Lo que no me explico, sin embargo, es por qué se entretienen tanto conmigo.

En su lugar —suponiendo que yo pudiera actuar como ellos, claro está—, yo habría atacado a fondo desde el principio. Desde luego, me han maltratado soberanamente, pero he podido darme cuenta de que me encuentro mucho mejor de lo que podría esperar.

Y, además, les he causado dos bajas. Dos muertos. Siento lástima por los dos gorilas, pero sin grandes excesos. Los dos trataron de liquidarme. Descansen en paz.

La puerta se abre de pronto. Es Myra la que entra.

Viste como la última vez: blusa ceñida, pantalones y sandalias de alto tacón. Trae en la mano dos vasos.

—¿Soborno? —digo.

—¿No le agrada un buen trago de cuando en cuando?

—Siempre que me pongan el arsénico a un lado, a fin de servirme yo la dosis más conveniente a mi organismo —respondo, mordaz.

Me entrega un vaso. Lo pruebo: ginebra y martini en la proporción exacta.

—Está muy bueno —digo.

—Sí. —Ella bebe también—. ¿Sabe, Lark?, ha resultado ser más resistente de lo que pensábamos.

—Eso ya lo dijo usted antes —murmuro. El martini está bueno de veras.

—El hombre es un misterio indescifrable —dice Myra—. Usted, Lark, es un burócrata nato. Nadie como usted para manejar una oficina como lo hace ordinariamente. No es gran amigo de los deportes y sus ocios normales durante los fines de semana son la lectura y el descanso en algún lugar tranquilo. Pero no es sujeto que endurezca sus músculos con tal o cual ejercicio, salvo en el verano un poco de natación, cosa que hace todo el mundo.

»Pensando en ello, le elegimos a usted como sujeto de nuestras experiencias. Francamente, pensamos que se derrumbaría después de los primeros días de tratamiento, pero observo, desolada, que su moral se ha crecido con el paso del tiempo. ¿A qué es debido eso, Lark?

—Ya ve usted —contesto—. Cuando ingresé en ese organismo, resulté un completo fiasco en las pruebas físicas. En seguida me di cuenta —y los que me examinaban, también, por descontado—, que no podía resistirlas. En cambio, los «tests» sicotécnicos demostraron, modestia aparte, que era un buen oficinista. En consecuencia, se me dio el empleo adecuado.

—¿Por qué fracasaría usted en las pruebas, si luego ha dado un tan espléndido resultado, Lark?

Levanto los hombros con gesto ambiguo.

—¿Y quién diablos puede decirlo, Myra? Aquellas pruebas eran durísimas, desde luego; nadie es agente secreto sin saber serlo a conciencia. Casi todos las pasaron de modo satisfactorio. Pero a mí me daba un miedo espantoso el sufrimiento físico y ello fue la causa de mi reprobación.

—¿Y ahora, no? La miro fijamente.

—La cosa es distinta.

—¿Por qué? Explícate, Lark —me tutea de repente.

—Si yo hablo, morirán muchas personas, eso lo sabes bien. Son sus vidas lo que defiendo, más que la mía. Cuando me probaron, sabía perfectamente que todos los ejercicios físicos que se me planteaban, eran fingidos. Algunos de ellos entrañaban un gran riesgo, pero ese riesgo era calculado y, además, el instructor, podía

suprimirlo en el acto si veía que la vida de su alumno corría peligro.

—¿Más que aquí?

—En absoluto. Allí nadie me dijo que si hablaba, muchas personas que dependen de mí morirían. Además, aunque me lo hubiesen dicho, habría sabido en el acto que era una ficción.

Hago una corta pausa.

—Esto no es una ficción, Myra. Además, sé que en cuanto haya hablado, moriré.

—Se te ha prometido respetar tu vida.

—Conozco el valor de las promesas de gente como la vuestra.

—Tú prometiste hablar.

—Cuando lleguen las diez de la noche lo diré. Ella mira su relojito.

—Falta una hora escasa, Lark.

—Supón que mantengo la boca cerrada.

—Seguiremos con el tratamiento. No hay quien lo soporte. Suelto una risita sarcástica.

—Vuestra experiencia en tales asuntos debe de ser muy larga, Myra.

—Lo es, en efecto. Yo he de confesarte que nos hemos encontrado con pocos sujetos tan reacios como tú.

—Habéis tenido mala suerte conmigo, en efecto. Alargo la mano y termino el martini.

—Gracias por la bebida, Myra, Estaba muy buena. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Imagínate que confieso.

—Sí.

—¿Qué haréis después conmigo? Es decir, suponiendo que seáis capaces de cumplir la promesa.

—La cumpliremos, Lark, ten la seguridad de ello.

—Abrigo mis dudas al respecto, pero... en fin, contesta.

—Te trajimos hasta aquí en tu coche. Te narcotizaremos, a fin de que no sepas dónde has estado durante todo este tiempo y luego te dejaremos en alguna carretera de poco tránsito, junto con un frasco de licor a medio vaciar.

—El clásico automovilista borracho que se duerme, ¿eh?

—Si —contesta.

¡Qué chica tan linda! ¡Lástima que...!

—¿Y cómo sabréis que he dicho la verdad acerca de K-9?

—En veinticuatro horas tendremos tiempo de confirmar la veracidad de tus informes. Y en las veinticuatro siguientes habremos desaparecido sin dejar rastro.

—Un plan bien ideado. Seguro que tendréis un bote a motor en alguna playa y un submarino os esperará en alta mar, ¿no es cierto? Myra calla.

—¿En qué escuela de guerra psicológica te has adiestrado? ¿Moscú? ¿Praga? La chica sigue callada. Yo continúo:

—Hay, en la

U. R. R. S.,

un lugar secreto donde son adiestrados los agentes que se infiltran en los Estados Unidos. Es la reproducción exacta de una pequeña y típica ciudad americana, con todos sus detalles, hasta el mínimo, incluido un pequeño periódico con toda clase de noticias, sin olvidar la clase de comentarios y críticas que se dirigen desde aquí a los soviets. Cines, con las últimas películas filmadas en Hollywood; cafeterías, agentes de policía vestidos como los auténticos, tocadiscos automáticos, «perros calientes», chicle, varias de las marcas más importantes de tabaco y, por supuesto, el dólar como moneda imperante de toda transacción, desde el «nickel» de veinticinco centavos a los billetes grandes. Todas las grabaciones de ritmos y melodías modernas, el aprendizaje del último baile de moda, el «show» de la TV de Ed Sullivan, grabado en «video-tape», por supuesto, y para que la cosa quede redonda, prohibido hablar otro idioma que no sea el inglés americano^[1]. ¿Cuánto tiempo estuviste tú en esa escuela, Myra?

—No la conozco. Sé que existe, pero no he estado en ella.

—Quizá —digo—. De todas formas, estás muy bien entrenada. Supongo que sabrás moverte por el país como una nativa del West Side o del Shore Lake Drive de Chicago.

—Mi lugar «oficial» de nacimiento es Orlando, Florida.

—Y Cañaveral a sesenta millas al Este, ¿eh?

—Lo nuestro no tiene que ver nada con Cabo Cañaveral, bien lo sabes, Lark.

—Es posible, es posible. Bien, ¿no tienes más que decirme?

—No. Me marchó. Recuerda, te queda una hora escasa.

—Está bien, está bien... Ah, espera un instante.

Se detiene y se vuelve hacia mí. Posa su mirada líquida sobre mi rostro y aguarda tranquila, sosegadamente.

—¿Sí, Lark?

—Ayer, cuando ese caníbal de la cabeza cuadrada quería convertirme el brazo en un sacacorchos, tú detuviste su acción diciendo que le llamaba el jefe.

—Es cierto.

—¿Quién es el jefe?

—Mac...

—¡Tonterías! Mac no es más que un subalterno. Incluso está por debajo de ti... pero tú obedeces a otro, a ese tipo que llamó ayer a Frol por teléfono. ¿Quién es?

—¿Importa eso mucho ahora?

—Hasta cierto punto, claro.

—Es igual. Para ti, es igual, Lark.

—Bueno, quizá tengas razón. ¿Y Anita?

—La hemos despedido. Me echo a reír.

—Fracasada, ¿eh? Por lo visto no ha sabido desempeñar bien su papel de Circe. Oye, ¿por qué no lo ensayas tú? —añado hirientemente—. Bien vestida, con el perfume adecuado, cuatro besitos y un buen escote, puede que consigues algo más que la morena.

Sus ojos centellean. Es evidente que mis últimas palabras la han mortificado considerablemente. Sin pronunciar una sola palabra más, se marcha.

CAPÍTULO X

Día 7.º, a las 21,25.

Atacar, atacar mientras disponga de un gramo de fuerza.

Ésta debe ser mi consigna de aquí en adelante. Es un principio elemental de estrategia: atacar al enemigo, sin darle un solo minuto de respiro, mientras se disponga del mínimo de fuerza para poder llevarlo a la práctica.

Ellos quieren atacarme a mí; bueno; les devolveré la pelota siempre que tenga ocasión de hacerlo. Ahora bien, ¿cómo empezar el ataque?

Lo primero que debo hacer es buscar una buena posición da partida. En las circunstancias que me encuentro, eso debe significar sorpresa.

¿Qué sorpresa?

Paseo la vista por la habitación. Salvo el lecho y los indispensables elementos de decoración, no tengo nada con que poder atacarles. Ha de ser algo relativamente nuevo, aunque luego concluya en lo inevitable, esto es, en el jaleo de palos y estacazos.

El carrito no me sirve; ya lo he usado una vez. Y no me han dejado una silla siquiera con la cual poder construirme un buen garrote. Sólo tengo las almohadas como única arma ofensiva. Si sólo se tratase de uno... pero no, vendrán dos, por lo menos.

Reviso la habitación minuciosamente. No veo nada útil. Entro en el baño y lo contemplo pulgada a pulgada. De pronto reparo en el armarito de primeros auxilios.

Una idea se infiltra muy despacio en mi mente. Si pudiera dejarles llegar hasta mí con la guardia relajada... Sorprenderles desprevenidos, he ahí mi primer objetivo.

Me acerco a la puerta por la parte interior. Hay un par de colgadores para dejar la ropa cuando uno se baña. Agarro uno de

ellos y me cuelgo; el cacharro resiste perfectamente.

Ahora sólo falta la «mise en scène». Saco todos los cachivaches que hay en el armario y los dejo a un lado. Luego descuelgo el armario, es fácil, está sostenido solamente por dos escarpas y unos ganchitos. Lo dejo al otro lado de la puerta y me dirijo a la cama.

Por segunda vez, rasgo en tiras una de las sábanas. Luego preparo el resto del escenario.

Con una de las tiras hago un lazo corredizo que irá desde mi garganta, pasando por el borde superior de la puerta del baño a uno de los colgadores. Debo tomar bien las medidas, a fin de que la cosa de resultado.

Luego tomo dos tiras juntas, probando antes que resisten mi peso perfectamente. Las paso por el mismo sitio, atándolas también al colgador. A continuación acerco el armario y me pongo en pie. Perfecto, mi cabeza queda a quince o veinte centímetros del borde superior de la puerta.

Por si acaso, la tira que pasará en torno a mi cuello es la más delgada, para que si la cosa falla, no me ahorque de veras. Las otras dos, después de unirse en el centro de mi espalda, quedarán atadas por delante, en el pecho, y cubiertas por la camisa.

Hago la prueba, atando las tiras que me sostendrán por delante con nudo de lazo. Estoy de pie sobre el armario, quedando del suelo a unos veinte centímetros. Pego una patada al armario y quedo sostenido en el aire. Las tiras de sábana pasan por debajo de mis sobacos y se unen en la nuca he de advertir que todavía no me he colocado la que fingirá ser el nudo corredizo que habrá de «estrangularme».

Tiro de uno de los extremos del nudo. Éste se deshace y caigo al suelo. Espléndido; la trampa está a punto de funcionar. Ahora he de tomar bien las medidas a fin de que todo quede exacto para el momento de pasar a la acción. Tengo que engañarles desde el primer momento. Si no lo hago así, mis esfuerzos habrán resultado baldíos.

Y pensar que no me quisieron para agente secreto porque no pude soportar las pruebas físicas... Si esto me lo llegan a decir entonces...

Claro que, hablando objetivamente, tampoco es demasiado lo que me han hecho padecer, por muy terrorífico que parezca. Ellos

creyeron enfrentarse con un tipo blando y sin redaños y se han encontrado con un sujeto más duro que el pedernal, viva la inmodestia. Pero es que uno no sabe de qué es capaz, hasta que llega la ocasión verdadera, auténtica. Mi jefe saltaría de gozo si conociese mi capacidad de resistencia... pero lo malo es que me parece que no volveré a verlo.

Bueno, ya está todo listo. Sobre todo, la tira que ha de ser el supuesto lazo de estrangulamiento, que ceda rápido, con leve tirón. La dejo por la parte de atrás de tal modo que pueda romperse con facilidad. Son las otras dos las que aguantarán mi peso hasta que suelte el nudo y empiece a operar.

Atacar, sobre todo, atacar, me digo una y otra vez.

Día 7.º, a las 21,55.

Faltan cinco minutos. Preparo todo y me «cuelgo». Dentro de nada, va a empezar el jaleo. «No tengas piedad de ellos, Lark; son una pandilla de serpientes. Aplástales la cabeza, machácales los huesos», me repito varias veces. «Debes hacer todos los posibles por escapar de aquí y llegar a la puerta principal. No dejes que vuelvan a empezar contigo». Cada vez que me acuerdo de la maldita celda de acero, me pongo enfermo.

Día 7.º, a las 21,59.

Un minuto. Patada al armarito. Las tiras de sábana resisten perfectamente el peso de mi cuerpo. Dejo caer los brazos a lo largo del cuerpo y doblo ligeramente la cabeza a un lado y hacia adelante. Saco un trozo de lengua, no demasiado, y pongo los ojos en blanco y tuerzo el gesto. Hay que desempeñar bien el papel del ahorcado.

El corazón me late violentamente. ¿Tendrá éxito mi tretita? Pronto lo sabré; sólo faltan unos segundos escasos para que esos tipos acudan como prometieron... Ya están ahí.

La puerta se abre. Sin mover un músculo, veo que entran Mac y Frol. Maldigo para mis adentros; el mongol queda en la puerta con la Thompson. Con esto no había contado yo. Bueno, pero no por

ello voy a desistir. Que sea lo que Dios quiera. Cualquier cosa antes que rendirme.

Reaccionan de la forma en que yo esperaba. Como lo haría cualquier hijo de vecino que se topara con un fulano colgado del cuello por una cuerda o algo parecido. Lo primero que hace es intentar descolgarlo para ver de poder salvar su vida.

Y ellos más, mucho más; no pueden tolerar que yo muera sin haber soltado todo lo que sé. Aparte de lo que pudiera pasarles por haberse mostrado tan descuidados conmigo.

Frol maldice. Mac suelta una blasfemia. Los dos corren hacia mí. El mongol da unos cuantos pasos titubeantes en la habitación, pero no se acerca. Ése es el que más me hubiera interesado, diablos.

—¡Ayúdame, Frol! —vocifera Mac.

—Este bastardo —gruñe el rubio.

Frol me agarra por la cintura. A su lado, Mac trata de deshacerme el nudo del cuello. En sus prisas, acuciados por el temor, no han tenido tiempo de fijarse aún en que es un truco. Y, en realidad, ¿quién podría sospechar una cosa semejante?

Bueno, Lark, es la hora de actuar. Allá va.

Lo primero que hago es meterle los dedos en los ojos al rubio. Frol chilla a más y mejor.

Le arreo una patada en el bajo vientre y lo tiro de espaldas.

Mac se queda atónito. Tardíamente comprende el engaño. También es demasiado tarde para su reacción. El pulgar a su ojo. Berrea frenéticamente, mientras empieza a dar vueltas sobre sí mismo, con las manos en la parte dañada.

Frol se ha puesto en pie. Ya tengo suelto el lazo que me sujeta por bajo los sobacos. El del cuello se rompe en el acto con seco chasquido... Frol está en baja forma, después de los brutales golpes que le he asestado. No ve muy bien, pero trata de reducirme.

Lanza un grito:

—¡Ayúdame, Karl!

Así que el mongol se llama Karl.

—Apártese y lo frío a balazos —brama el cabeza pelada.

—¡No, hay que conservarlo con vida! —chilla Mac.

Frol es un hércules, pero aunque no sea más que teóricamente, conozco algunos golpes realmente indecentes. Mi pie derecho vuela a su bajo vientre. Esto es suficiente.

Mac salta sobre mí. Bueno, nuestras fuerzas están equiparadas. Pero él ha de obrar con mucho más comedimiento que yo. «Tiene» que conservarme con vida, aunque luego cometa conmigo las mil perrerías.

—Vamos, petimetre —le insulto. Viene hacia mí y le suelto uno que lo hace dar cuatro vueltas por la estancia, lanzándolo por pura casualidad contra Karl.

Los dos ruedan por el suelo en un pataleante amasijo de miembros que se agitan frenéticamente. Ésta es la mía. Antes de que puedan incorporarse, salto por encima de ellos y me lanzo a todo correr escalera abajo.

El estruendo ha llegado hasta la planta, Myra aparece y me ve. Saca una pistola y me apunta.

—¡Quieto, Lark! —grita.

Al diablo si me voy a detener. Que tire, si quiere. Termino de bajar los escalones y me lanzo sobre ella.

Myra chilla. Vacila, no se atreve a tirar; quiere detenerme con la intimidación. Pero para detenerme a mí, es preciso utilizar algo más fuerte que el miedo a una pistola. Cuando quiere reaccionar, ya estoy sobre ella. Le agarro la muñeca y se la retuerzo.

La pistola cae al suelo. Le pego un terrible empujón y ella cae también, enseñando, por cierto, unas piernas muy bonitas. Ha lanzado un agudo grito.

Me vuelvo. En aquel momento, Karl aparece en lo alto de la escalera con la metralleta. Por lo visto se ha desenredado del lío de brazos y piernas en que se había mezclado con la pareja. Aprieto el gatillo.

La detonación retumba en el vestíbulo. El proyectil se estrella contra la pared, sobre la cabeza del mongol, que retrocede más que aprisa.

Oigo la voz de Frol.

—¡No le dejéis escapar!

—Si no me permite tirar, se largará —maldice Karl.

Corro hacia una puerta situada al lado opuesto de la que da al jardín. Muevo el pomo, está cerrada con llave. Me aparto a un lado y le suelto dos tiros. La cerradura vuela.

El paso está libre.

En aquel instante, una hilera de orificios de bala aparece a

treinta centímetros por encima de mi cabeza. Me agacho instintivamente. El estruendo de la Thompson llena el vestíbulo.

Suena un grito.

—Chillis, si intenta salir, tiraré al cuerpo.

Me incorporo lentamente. Karl está a mitad de la escalera, con la metralleta firmemente encarada contra mí. Esta vez no bromea.

Myra se incorpora lentamente. De modo maquinal, se baja la falda. Sus ojos me estudian con detenimiento.

Karl y yo nos apuntamos mutuamente. Ambos sabemos que podemos disparar a un tiempo, pero si lo hacemos, ninguno de los dos obtendremos el menor beneficio.

De súbito, Frol y Mac aparecen en la escalera. Los dos empuñan también sendas pistolas.

Analizo la situación. Puedo derribar a uno o a dos, pero inexorablemente, yo acabaré tendido sobre mi propia sangre. Y, caramba, por muy duro que sea lo que me espera, todavía hay cierta esperanza, mientras que la Thompson de Karl no me dejará ninguna si me agujerea el pecho varias veces.

Paseo la vista por todas partes rápidamente. Una gran lámpara cuelga del techo. Lástima no ser un tirador infalible, de esos que salen en las películas, capaces de cortar el cable de un tiro. Esto provocaría la oscuridad y...

Y la puerta, abierta, a dos pasos de distancia.

Myra se me acerca lentamente. Extiende su mano.

—La pistola, Lark.

Día 7.º, a las 22,10.

Los tres rufianes están en lo alto de la escalera, contemplándonos en silencio. La situación es muy tensa.

—Por favor —insiste la chica.

Dudo unos momentos. Doy un paso hacia ella. Súbitamente, alargo la mano izquierda, la agarro por el cuello y la atraigo hacia mí, haciendo que su cabeza quede enterrada en mi pecho. Su cuerpo cubre el mío por completo.

Apoyo la boca de la máuser en su sien.

—Si antes de treinta segundos no han tirado las armas, juro que le salto la tapa de los sesos.

Myra permanece completamente inmóvil. Percibo la dura presión de sus senos contra mi pecho y el alocado bataneo de su corazón. Pero no dice nada; es condenadamente valerosa.

Karl enfila su Thompson hacia mí. Mac levanta la mano derecha.

—Oiga, Chillis —dice—. Aquí, en este asunto, una vida más o menos, tiene muy poca importancia. Puede matar a Myra si quiere, pero no podrá escapar. Karl le hará astillas las piernas a balazos y entonces será para usted mucho peor. Así que ya lo sabe; los treinta segundos son en contra suya, Y le aseguro que esta vez no hay bromas de ningún género.

Mi última esperanza se desvanece. No puedo escapar, sencillamente.

Suelto a Myra, cuyo rostro se me aparece tan blanco como la blusa que viste. Abro los dedos y la pistola cae al suelo.

—Está bien —digo—. Me rindo.

—Prometió hablar a las diez —me acusa Mac.

—Váyase al infierno —contesto, mientras me quito el trozo de sábana que aún tenía anudado al cuello.

Empiezan a descender la escalera. Mac tiene un ojo completamente encarnado; luego se le pondrá de color violeta. Frol me mira de malísimo talante. Seguro que espera desquitarse cuando me ponga la mano encima.

«Ataca, ataca», repito para mis adentros. «No te pueden matar ya; lo hubieran hecho hace unos momentos, pero ya no lo harán. Ellos quieren saber quién es

K-9

y tú no puedes decirlo. Dales guerra, mortíficales, aunque luego te pateen las costillas. Demuéstrales que tú también sabes hacer algo».

Myra ha cogido la pistola y se retira a un lado. Mac y Frol se me acercan. Sus armas están guardadas en la chaqueta.

Retrocedo lentamente. Vienen hacia mí con muy malas intenciones. Poco a poco, voy caminando hacia atrás, hasta que, de repente, mis muslos chocan contra una especie de consola.

Rápidamente, me revuelvo, agarro el mueble y se lo lanzo a Frol, acertándole en pleno pecho. El cabeza cuadrada vacila, se tambalea y acaba por caer.

Mac se me echa encima.

—Tipo tozudo —le digo. Amago una patada al vientre y cuando

trata de esquivarla, me le echo encima, con los puños juntos, clavándoselos en pleno rostro. Chilla y cae de espaldas.

Frol quiere levantarse. Le golpeo nuevamente con la consola. Arriba, Karl permanece indeciso. No se atreve a intervenir con la «regadera».

Cuando quiere hacerlo, es tarde para él. He abierto la puerta y me lanzó a la noche.

Día 7.º, a las 22,20.

Corro desaforadamente, sin saber por dónde ni hacia dónde. Sólo puedo pensar en una cosa: al fin he conseguido librarme de esa maldita cárcel.

Debe de ser un camino particular; el suelo no está asfaltado, aunque sí lo noto muy bien cuidado. Hay árboles a derecha e izquierda; lo advierto en las sombras oscuras de sus copas, destacando contra el fondo estrellado del cielo. Sigo corriendo.

Estoy empapado en sudor. ¿Lanzarán los sabuesos contra mí?

No oigo el menor ruido a mis espaldas. ¿Qué pensarán hacer esos tipos? ¿Cómo reaccionarán ahora que se les ha escapado la presa?

Y lo malo para ellos es que, aun cuando sea de noche, podré identificar el lugar. Al menos, no carezco de buena memoria.

Repentinamente, me doy cuenta de que estoy en las proximidades de una carretera.

Algún coche se detendrá; avisaremos a un puesto de policía y...

Los faros de un coche me deslumbran de pronto. Me detengo y levanto ambos brazos, agitándolos frenéticamente para que se detenga. Puedo oír claramente el gemido de sus faros. Magnífico, puedo considerarme salvado.

El coche se ha detenido. Me acerco al costado izquierdo.

—Por favor —digo atropelladamente—. He estado secuestrado hasta ahora y he podido escaparme. Lléveme a una estación de... po... li... cia...

Es Anita.

Veo claramente el destello de sus dientes al emitir una satánica sonrisa de triunfo. Antes de que pueda hacer algo por esquivarla, me coloca la boca de una pistola bajo las narices y con la otra mano

me agarra de los cabellos. Es astuta, la prójima.

—No te muevas, Lark —dice.

La sorpresa me ha vencido. Sin darme tiempo a contraatacar, ella me da un toquecito con el caño del arma en la sien izquierda. El golpe no es muy fuerte, pero mi resistencia física toca a su fin. Siento que las piernas se me doblan y caigo al suelo hecho un guiñapo. No pierdo el conocimiento del todo, pero sí toda capacidad de reacción.

Mi moral está conmigo: es decir, por los suelos.

CAPÍTULO XI

Día 7.º, a las 23,00.

Estoy tendido en mi cama, no en la celda de acero. Me han atado y amordazado, además de vendarme los ojos. Las manos me duelen y la sien también. Hablando sinceramente, estoy hecho polvo.

Frol suelta un gruñido.

—De buena gana, haría de veras lo que él fingió antes.

—Te guardarás muy bien —objeta Myra.

—Llevamos ya siete días y aún no ha soltado una sola palabra —vocifera Frol—. ¿De qué pasta está hecho este sujeto? Se nos aseguró que era el más blando de todos y ha resultado estar construido de hierro. Incluso ha resistido al pentotal, el muy...

—Contén tu lenguaje —dice Myra severamente.

—Pero no veo qué objeto tiene guardar tanto tiempo —se queja el rubio. Déjalo en mis manos— pide —déjalo tan sólo media hora y te aseguro que...

—Te abstendrás muy mucho de tocarlo si no te doy la orden —replica ella fríamente—. Ya oíste a Anita; el jefe no puede venir hasta dentro de uno o dos días. Entonces actuaremos a fondo.

—¿Y mientras tanto?

—Veremos cómo responde mientras tanto al pentotal. Pondré un cincuenta por ciento más de dosis; quizá esto le haga soltar la lengua.

Me estremezco de pavor. ¿Y si se le va la mano y me convierto en un idiota, con el cerebro lesionado incurablemente? En tal caso, más valdría que me pegasen cuatro tiros.

—Bueno, ya está —dice Myra—. Remángalo.

Siento que me suben hacia arriba la manga de la camisa. Trato de debatirme pero otras manos me sujetan sólidamente. Una aguja se clava en mi cama.

El líquido penetra en mi cuerpo. Durante unos momentos, no sucede nada; después me siento invadido de una dulce somnolencia. Me duermo.

Más tarde.

No sé la hora que es ni el día en que vivo. Percibo una serie de sensaciones curiosísimas, como jamás las había notado hasta ahora.

Me parece que no tengo cuerpo. No lo siento en absoluto. Es como si sólo fuera cerebro, mente, alma... un ser inmaterial, incorpóreo... Estoy entre blandas nubes algodonosas, flotando en el espacio... ¿Será esto lo que se siente después de muerto?

Tengo los ojos abiertos. Veo algo, unas manchas confusas. Parecen figuras humanas. Están cerca y, sin embargo, me dan la sensación de hallarse a miles de kilómetros de distancia. Son sólo siluetas borrosas, en las que no puedo distinguir si se trata de hombres o mujeres. Es como si las viera a través de una espesa niebla, como la que suele padecer Londres en los días más duros del invierno.

Una de las figuras se desgaja del grupo general y se me aproxima. Distingo ahora sus facciones un poco. La niebla no es ya tan intensa.

Suena su voz. Viene de muy lejos, del infinito, de más allá de las estrellas. Lark dice.



—¿Eres... Myra?

—Sí... soy yo. Escucha, quiero que rae contestes a una cosa.

—Está bien. —Mi lengua se mueve con infinita torpeza, articulando las palabras con grandes dificultades. Algunas de ellas suenan a medias, como si fuese un niño aprendiendo a hablar.

—Fíjate bien en lo que voy a preguntarte.

—Sí... Myra.

—¿Quién es

K-9?

Tardo algunos segundos en contestar.

Todavía no soy un robot pensante, que contesta dócilmente a todas las preguntas que se le formulan. Sé que debo obedecer la

orden impartida por Myra, pues la pregunta, en sí, es una orden. Por lo tanto, he de responder.

Pero hay algo en mi cerebro que me impide contestar. ¿Qué es? No lo sé, no puedo saberlo; en las condiciones en que me encuentro, no puedo analizar críticamente mis reacciones síquicas. ¿Es quizá que estoy encargado de guardar un secreto por encima de todo?

Myra insiste ante mi silencio.

—¡Contesta, Lark! ¡Te ordeno que me digas quién es
K-9!

La orden provoca en mi cerebro un silencioso espasmo de dolor. La droga me ordena obedecer a Myra, pero mi mente aún conserva cierto poder. Son dos fuerzas contrapuestas que luchan despiadadamente por alzarse con el dominio de mi mente.

—¡Contesta, Lark! ¿Quién es
K-9?

Es un sufrimiento inenarrable el que padezco. No es un dolor físico que pueda describirse; en realidad, no es siquiera dolor. Pero es la sensación de que hay una mente que sondea la mía, que trata de apoderarse de mi control anímico, forcejeando despiadadamente con la resistencia que opongo a esa intromisión en mi cerebro.

—Queremos saber quién es
K-9.

Lark, debes contestar; estás obligado a contestar.

Dinos quién es

K-9

y quedarás libre...

Libre...

LIBRE...

LIBRE...

La palabra batanea despiadadamente en mi cerebro. Sólo unas pocas palabras y habré alcanzado la libertad.

Myra persiste en su actitud.

—Es tan sencillo, Lark... Sólo unas cuantas frases, dos docenas de palabras... y tus padecimientos habrán acabado. No quieres seguir sufriendo, ¿verdad?

—No...

—Entonces, responde. Dinos quién es

K-9...

Sólo unas palabras, Lark.

—No... no... —respondo. Pese a todo, me siento empapado en sudor. Myra insiste.

—Responde, Lark...

—Responde...

—RESPONDE...

—RESPONDE...

—¡No sé nada! —Aúllo. Y me debato en un océano de insufrible dolor mental.

Después...

Las preguntas han cesado, por el momento. Myra parece haberse dado por vencida. Se ha retirado a un lado y habla con alguien.

—Es fantástico —dice—. Jamás me había encontrado con una resistencia igual.

—¿Y qué vamos a hacer? Llevamos ya un montón de días con este sujeto y todavía no ha dicho esta boca es mía.

—El jefe se va a poner muy furioso cuando venga y se entere de todos los jaleos que han pasado aquí.

La voz de Myra suena orgullosa.

—En todo caso —dice—, asumo la responsabilidad. Y, a fin de cuentas, yo soy vuestro jefe, de modo que todo lo que haya podido pasar aquí, bueno o malo, a nadie más es debido que a mí.

—Todo lo que quieras, pero el asunto es que

K-9

sigue haciendo de las suyas y que no podemos echarle el guante —gruñe Frol.

Myra titubea unos segundos.

—Vamos a dejarle descansar cosa de un par de horas. Luego le pondremos otra dosis.

—Fallará lo mismo que ésta —contesta Mac, displicente.

—No, porque dentro de dos horas, no se le habrán pasado todavía los efectos de la inyección anterior y la suma de las dos le forzará a hablar sin restricciones mentales.

—Si eso fuera verdad —murmura Frol, esperanzado.

—Si no da resultado, os lo dejaré para vosotros.

La propuesta de Myra me da escalofríos. ¿Es posible que una

mujer de aspecto tan dulce y atrayente pueda hablar como una fiera desprovista de sentimientos?

Suena una risita. Parece Frol.

—Debimos empezar por esto desde el primer día —dice.

—Imbécil —murmura suavemente la muchacha—. Recuerda las órdenes; sólo debe recurrirse a la tortura física, me refiero a la violencia, cuando todos los demás tratamientos hayan fracasado.

—Esto pudimos haberlo adivinado a las cuarenta y ocho horas —contesta Mac, enojado.

—¿Y qué? —responde ella—. Suponte que le arrancas la confesión que esperamos.

¿Qué hubieras hecho después con su cuerpo, convertido en un guiñapo?

—El accidente de automóvil...

—Kay que hacerlo muy bien para que la policía de carreteras no sospeche. Y hubieran sospechado, posiblemente, ya que el jefe de Chillis hubiese encomendado una investigación a fondo.

—Entonces, el jardín, como se hizo con Maxie y el otro —gruñó Mac hoscamente.

—Bien, como sea, he dicho que dentro de dos horas. Vámonos.

Más tarde...

Parece que los efectos de la droga van desapareciendo. Ya siento algunas regiones de mi cuerpo: Pero todavía me encuentro muy débil y aturdido.

Estoy seguro de que si ahora me pusieran en pie, no podría moverme; mi fuerza es menor que la de un recién nacido.

Sin embargo, puedo pensar. Dentro de dos horas —menos ya, claro—, volverán a ponerme otra inyección de pentotal.

¿Cómo lo resistirá mi cerebro? ¿Me convertiré en un idiota? ¿Soportaré bien la prueba? La duda me acongoja. Es preferible morir a vivir como un harapo humano... pero no, esos canallas no me dejarán vivir, una vez hayan conseguido sus propósitos.

Piensa en que decenas de vidas humanas dependen de ti, Lark, me digo. Tú ya estás perdido, no dejes que se pierdan esas personas. Si atrapan a

K-9,

la red entera habrá caído en sus manos. Resiste, resiste, aunque te hagan pasar las mil agonías del infierno. Piensa en esos hombres y en esas mujeres que luchan en la sombra... precisamente por barrer esas sombras un día y hacer que vuelva el reino de la luz. Piensa en ellos... y resiste, Lark.

Un poco después.

Ya me siento algo mejor. Pero, como estoy sólidamente atado, no puedo consultar la hora. Ni siquiera sé en qué día estoy. Sin embargo, mi estado físico ha mejorado un tanto. Hasta podría andar, si me lo propusiera.

La puerta se abre inesperadamente. El corazón se me encoge. ¿Será Myra?

Oigo pasos cautelosos que se acercan a mi cama. Unas manos suaves y finas me palpan el rostro. Percibo un perfume penetrante. No, no es Myra; ella no usa un aroma tan... *very exciting*.

La voz de Anita susurra a mi oído.

—Lark, ¿puedes oírme?

—Sí... sí...

Sus manos trabajan rápidamente por detrás de la nuca. Me quita la venda de los ojos. Parpadeo, deslumbrado. He de dejar pasar algunos momentos antes de poder fijar correctamente las imágenes en mi retina.

Miro a Anita. El temor y la aprensión aparecen reflejados en su hermoso rostro.

—Lark, quiero ayudarte —dice.

Todavía tengo la mente embotada, como entre algodones, aunque distingo claramente el sentido de las frases.

—Tonterías —digo.

—Es cierto, Lark. Escucha, he estado oyendo lo que hablaban esos. Piensan hacer contigo algo horrible.

—¿Arrancarme las uñas de la mano en viro y una a una?

—Si sólo fuera eso...

—Pues tú ya lo sabías cuando me trajeron aquí.

—Dijeron que cederías enseguida. Lo cierto es que has resultado terriblemente tenaz. Han fracasado contigo.

—¿También Myra? —pregunto con ironía.

Un relámpago de ira brilla en los ojos de la mujer.

—Déjala aparte, maldita sea.

—Está bien. Dime de una vez qué es lo que quieres.

—Aprovechar la ocasión y ayudarte a escapar.

—De modo que antes me detienes y ahora... Oh, pero ¿cómo puedes esperar que me crea semejante insensatez?

—He estado reflexionando mucho desde entonces, Lark. Me acordé sobre todo, de las palabras que pronunciaste cuando te referías a un jurado inclemente.

—Eso puedes tenerlo por seguro, Anita.

Su prominente busto se agita perceptiblemente.

—Escucha, Lark, si te ayudo a salir de aquí, ¿me ayudarás tú más tarde? Reflexiono durante unos instantes. Estoy analizando la proposición.

Anita parece sincera ahora. Pero ¿y si todo se trata de una trampa?

Estos tipos son muy hábiles en ciertos aspectos. Le hacen concebir a uno las más bellas esperanzas, para luego apartárselas de un papirotazo. Así, lenta, insidiosamente, van minando la voluntad humana, hasta conseguir sus propósitos.

—Lark, juro que todo lo que estoy diciéndote es la pura verdad —dice Anita con vehemencia.

Le miro de soslayo. Bien, ¿y por qué no hacer la prueba? Peor de lo que estoy, ya no lo estaré.

—Empieza lo primero por soltarme las manos —le digo.

Ella se apresura a hacerlo. Ya no es la mujer de aspecto insinuante y voluptuoso de los primeros días, que trataba de rendirme utilizando su indudable magnetismo sensual. Ahora la veo asustada, temerosa, llena de aprensiones.

—¿Por qué haces esto? —inquiero.

—Tengo miedo —dice simplemente.

—¿De quién?

—De ellos, naturalmente. Son unas hienas, empezando por Myra. No tienen piedad ni compasión por nada ni por nadie. Sólo se preocupan de obtener resultados, sin importarles la suerte de los demás en absoluto.

—¿Por qué tienen tanto interés en K-9?

—pregunto de improviso.

—Mis conocimientos no llegan a tanto. Cuando me tocó el turno,

lo único que debía hacer yo era obtener de ti la mayor cantidad de datos posibles.

A pesar de mi torpor mental, suelto una risita.

—No se puede decir que hayas triunfado, ¿verdad? Anita se molesta.

—En otra ocasión me hubiera gustado pillarte —rezonga.

Mis manos quedan libres. Siento inmediatamente un vivo hormigueo en las puntas de los dedos. Es la circulación sanguínea que se reactiva de nuevo.

Levanto el brazo izquierdo. Miro el reloj.

Día 8.º, a las 2,30.

Mis pies han quedado libres. Trato de ponerme en pie, pero me tambaleo y caigo de rodillas. Anita trata de sujetarme. Mi cerebro sigue aún medio envuelto en brumas, muy torpe; sus órdenes a mis músculos son lentas, casi inconexas.

—Deja que me refresque la cara un poco —digo—. Si no lo hago así, no podré andar. Anita me conduce hasta el baño. Abre el grifo y me ayuda a meter la cabeza bajo el chorro del agua. Esto me despeja notablemente. Ahora me siento un poco mejor. Lástima que no pueda tomar un trago de «*whisky*».

—Vamos, vamos —me apremia Anita, con enorme impaciencia—. Esos bastardos pueden volver en cualquier momento.

Me agarra del brazo y tira de mí hacia la puerta. A pesar de todo, camino con notoria torpeza. Ya llegamos a la puerta. Bueno, parece que Anita es sincera y que, después de haberme hecho la pascua, quiere proporcionarme una buena ocasión. Si es cierto, la ayudaré más adelante.

Abre la puerta. Da un paso. Alarga el cuello ligeramente.

En aquel momento, una mano armada con una pistola surge ante mis ojos. Un ronco gemido se escapa de mis labios.

—Anita —dice una voz bronca.

La mujer vuelve la cabeza. Sus ojos se desorbitan por el pánico.

Lanza un terrible chillido. La pistola escupe dos fogonazos que me dañan los ojos. El incipiente alarido de Anita queda cortado en seco. Su cabeza estalla en mil repugnantes fragmentos. La sangre me mancha el rostro.

Anita se desploma en seco, sin pronunciar una sola palabra más, arrojando ríos de sangre. Entonces, la pistola se vuelve hacia mí.

Detrás del arma, los ojos de Frol me contemplan con infinita malignidad.

Suena un agudo grito.

—¡No, Frol!

CAPÍTULO XII

Día 8.º, a las 2,41.

El índice del rubio relaja su tensión sobre el gatillo. Suspiro aliviado; nunca me he visto tan cerca de la muerte como en este momento.

Oigo los pasos precipitados de Myra que sube la escalera a todo correr. Mac la sigue a dos peldaños de distancia.

Frol emite una perversa sonrisa.

—Al menos —dice—, voy a desquitarme un poco.

Y de repente, antes de que pueda apercibirme, mueve la mano y me golpea con el caño de la automática en un lado de la frente.

Siento un vivísimo dolor en la parte afectada. Caigo de rodillas y me apoyo con ambas manos en el suelo. Una gota roja cae de mi frente y se estrella contra el pavimento con sordo «ssschap».

Myra llega junto a nosotros. Su voz suena encolerizada.

—¡Te dije que no lo tocaras! —exclama, enérgica.

—¡Estoy harto ya! —vocifera Frol.

Oigo el inconfundible chasquido de una bofetada.

—El jefe aquí, por ahora, soy yo —dice Myra—. No lo olvides, Frol.

Trato de recobrar mi plena conciencia. Es difícil; los efectos de la droga aún no se han disipado y el golpe que me ha asestado el canalla de Frol no contribuye, precisamente, a aclarar mi mente. Más gotas de sangre caen de la raja que me ha abierto, al suelo.

—Ponte en pie, Lark —ordena Myra.

Hago un esfuerzo. Vacilo, me tambaleo hacia adelante. La mano de Mac me empuja y quedo apoyado contra la pared.

—De modo que pretendías escapar —gruñe.

Siento que un hilillo de sangre me corre por la mejilla izquierda.

—Calculo que eso mismo habrías hecho tú de hallarte en mi

caso —respondo con voz estropajosa.

—Sí, pero es que da la casualidad de que, el que se halla en tales condiciones, eres tú —manifiesta Mac, venenosamente. Se vuelva hacia la chica—. ¿Qué hacemos, Myra?

—Llévalo a su cama. Ahora le pondré la otra dosis de pentotal.

—Recargada —gruñe Frol.

—Bueno. Tú —se encara con el rubio—, arréglatelas para hacer desaparecer esto.

»Esto es el cadáver de la pobre Anita, que yace en el suelo en medio de un lago de sangre. Procuro no mirar su cara, que ha quedado literalmente irreconocible.

Mac me empuja hacia el cuarto. No me siento con fuerzas ya para resistir. Extenuado, me tiendo en el lecho, sin importarme en absoluto la herida que acabo de recibir.

—Sécale la sangre —ordena Myra.

Mac busca algodón y un desinfectante. Mientras tanto, ella, impasible, prepara una jeringuilla hipodérmica.

—No conseguirás nada —digo.

Mac viene. Empieza a curarme. Myra no ha dado respuesta a mis palabras. Se cuida de que la jeringuilla quede bien desinfectada.

—Lark —dice al cabo—, sería para ti mejor que hablastes de una vez.

—No pienso hacerlo. Al menos, voluntariamente.

—Estamos perdiendo el tiempo —refunfuña Mac—. Déjanos a nosotros y verás cómo...

—Calla —dice ella—. El jefe está al llegar. Cuando lo tengamos aquí, deja que sea él quien se haga cargo de todo. Mientras, tú y Frol deberéis obedecerme incondicionalmente.

La inyección está lista. Desafiante, levanto el brazo izquierdo.

—Ten cuidado de no coincidir con el pinchazo anterior —digo, sarcástico—. Por lo demás, adelante.

Los ojos de la chica me contemplan oscuramente.

—Te advierto que esta última inyección puede tener consecuencias fatales para ti. Nos dirás todo lo que queremos saber y, además, es muy posible que tu cerebro quede dañado irremediablemente.

—Deja ya de charlar como una cotorra.

—Bien, no quiero hacerte ya más advertencias.

Pasa un algodoncito por la piel del brazo. Luego hunde la aguja y a continuación, empuja lentamente el émbolo de la jeringuilla.

La inyección queda puesta en unos segundos. Retira la aguja y vuelve a pasar el algodón mojado en alcohol por el lugar del pinchazo. Mac fuma tranquilamente.

Día 8.º, a las 3,24.

La habitación se desvanece. Queda solo una espesa niebla, de la cual emergen dos rostros: el de Myra y el de Mac. ¿Cederé ahora?

A pesar de mi torpeza mental, puedo pensar. ¿Por qué no fingir un desmayo o algo por el estilo? Es preciso ganar tiempo, ganar tiempo...

Oigo hablar a Mac.

—¿Estará ya listo?

—Deja que pasen un par de minutos.

—¡Hum! Nunca he confiado en las drogas. Siempre ene gustaron más los métodos directos.

—Si fallo ahora, os daré vía libre a los dos, Mac, te lo prometo. Los ojillos del sujeto centellean.

—Me gustaría que fuese verdad eso que dices, Myra.

Mi torpeza aumenta. Bueno, vamos a ver si les damos un chasco. Doblo la cabeza a un lado y cierro los ojos. Respiro rítmicamente.

—¡Se ha desmayado! —Estalla Mac.

Myra se inclina sobre mí. Levanta uno de mis párpados. Sigo fingiendo.

—Me parece que se me fue la mano en la dosis —dice.

—Pues sí que... ¿Tardará mucho en despertar?

—No lo sé —responde ella—. ¿Por qué no te vas y ayudas un rato a Frol?

—No me gusta el papel de sepulturero —se queja Mac.

—Aquí se viene a obedecer —dice ella secamente.

Mac gruñe algo entre dientes y se marcha. Sigo fingiendo. Myra y yo quedamos solos. El silencio es absoluto.

Durante unos momentos, no pasa nada. Después, ella se pone a pasear.

Entreabro ligeramente los párpados y miro a través de las pestañas. Myra tiene la barbilla apoyada en una mano, la cabeza

ligeramente inclinada, y parece profundamente pensativa.

Lástima que las piernas no me respondan. De lo contrario, con esos dos canallas en el jardín, dominaría fácilmente a Myra y... Pero esta última inyección de pentotal me ha dejado sin cuerpo. Apenas si puedo coordinar los pensamientos.

El tiempo pasa.

De pronto, Myra se acerca al lecho y se inclina sobre mí. Percibo el tenue perfume que emana su cuerpo joven y limpio y la calidez de su aliento. ¿Por qué una chica tan magnífica se ha metido en semejantes asuntos? Siento unos vivísimos deseos de estrecharla contra mi pecho, de besar sus labios, sus ojos, sus mejillas... de murmurar dulces palabras junto a su oído... Creo que, pese a los malos tratos, me he enamorado locamente de ella.

Suena su voz.

—Lark.

Me revuelvo inquieto en el lecho.

—¿Qué quieres?

—¿Quién es

K-9?

¿Me estoy acostumbrando al pentotal? Cielos, sería, terrible; acabaría convirtiéndome en algo cien veces peor que un morfinómano. Siento que mi cerebro está mucho más «limpio» que antes. ¿El hábito?

Myra repite la pregunta. Me agito en el lecho.

—No puedo... no puedo... —baluceo, poniendo en la vos más ficción de la necesaria.

—¿No puedes... o no quieres, Lark?

—Las dos cosas.

—Abre los ojos, Lark.

Obedezco. No me cuesta demasiado, en verdad. Siento unos deseos locos de ver su rostro.

Está a pocos centímetros del mío. ¡Qué hermosa es! Pero ¡qué diabólicos pensamientos se esconden también tras esa fachada de belleza singular!

—Mírame, Lark.

—Ya... lo estoy haciendo.

Está sentada al borde del lecho. Se inclina sobre mí; sus brazos rodean mi cuello. ¿Va a ensayar ahora el truco de seducción?

—Lark... aunque sólo sea por mí, ¿no contestarás a mis preguntas?

Es una horrible tentación, cien veces aún peor que cualquier otro tormento. Una de sus manos me acaricia suavemente la nuca.

—Lark, dime quién es

K-9.

Muevo la cabeza de derecha a izquierda.

—Es inútil, Myra.

—Sólo trato de evitarte grandes sufrimientos —murmura. Sus labios están muy cerca de los míos.

—¡Qué maravilloso sería tener a un hombre como tú a nuestro lado! —susurra. Y de súbito, me estampa un furioso beso en los labios.

Hago un esfuerzo. Me dejo vencer y muevo el brazo izquierdo, rodeándole los hombros. Devuelvo el beso con fogosa pasión. En este momento, diría lo que Myra quisiera.

Ella se separa. Tiene el rostro encendido. Se atusa un mechón de cabello que se ha separado de su siempre impecable peinado. Sonríe.

—¿Cómo te encuentras, Lark?

—Mejor. Parece... que la droga no me ha hecho demasiado efecto. ¿Es que me estoy acostumbrando?

—Posiblemente. De todas formas, tienes un cerebro de excepcional resistencia.

—¿Y qué harás, inyectarme de nuevo?

Se separa unos pasos, dubitativa. Busca cigarrillos, enciende dos y me pasa uno.

El humo del tabaco aquietta notablemente mis nervios. ¿Qué se propone ahora esta individua? Nos miramos en silencio.

—Dime, Lark —exclama ella de pronto—, ¿por qué eres tan terco?

—¿No crees que yo también podría formularte esta misma pregunta? Ríe. Ríe de una manera fresca, alegre, cristalina, sin dobleces.

—*Touché*, Lark.

—¿Tan importante es para vosotros conocer la identidad de

K-9?

—Mucho. Es una traidora.

Un relámpago estalla de pronto en mi cerebro. ¿Por qué emplea el género femenino en el calificativo?

—Una traidora, según vuestro particular modo de pensar, claro. Myra asiente. Sus facciones se han endurecido de pronto.

—No discutamos más sobre el asunto, Lark.

El tono de su voz ha cambiado repentinamente. Ahora se ha hecho duro y metálico.

—Bueno, yo siempre estoy dispuesto a no discutir —respondo, irónico.

—Sería mejor que descansaras un poco y, mientras tanto, meditates sobre la conveniencia de hablar. ¿Te gustaría unas sesiones de calor y frío alternados en la celda de acero?

Trato de sonreír.

—Esas amenazas no me dan ya ni frío ni calor. Mueve la cabeza pesarosamente.

—Lástima que no seas de los nuestros, Lark.

—¿Por qué? ¿Cómo se te puede ocurrir semejante insensatez?

—Creo que... acabaría enamorándome perdidamente de ti.

—Yo ya lo estoy —declaro audazmente.

Mis palabras la cogen desprevenida. Los ojos le brillan súbitamente y su pecho sufre un fuerte movimiento de ascenso y descenso. De pronto, gira sobre sus talones y se marcha con paso rápido.

Día 8.º, a las 4,30.

Relajo mis músculos. Trato de no pensar en nada, de separar de mi mente cualquier pensamiento conturbador y pernicioso. Me esfuerzo en recordar las últimas frases cambiadas entre Myra y yo. ¿Será cierto lo que ha dicho que va a enamorarse de mí?

Yo diría que ya lo está. Y en lo que a mí respecta habrán de pasar muchos años antes de que pueda olvidarla si es que me permiten vivir lo suficiente para conseguirlo.

No puedo quitarme de la cabeza que una muchacha tan hermosa haya podido meterse en un asunto como éste. Claro que, si lo miramos así, es su modo de pensar. Las educan de esta manera y luego eligen a la que mejor puede actuar para sus fines. Myra debe de ser una alumna aventajada, cuando ha conseguido alcanzar un

puesto tan alto. No todos, claro está, llegan a ser enviados fuera de su país. Myra no es tonta, desde luego.

Si pudiera hacer al revés... esto es, enamorarla yo a ella y convencerla de que debiera ayudarme a huir... Las autoridades del país serían benévolas con ella... como lo hubieran sido, indudablemente, con Anita, si el fiero de Frol no la hubiese estado espionando.

Anita debía de tener un carácter más débil que Myra. Frol, seguramente, caló en sus pensamientos y se acercó a espiar. No ha podido ser de otra forma. Es algo que hay que lamentar, ya que la pobre Anita, a última hora, vio claro. Pero era ya demasiado tarde.

Hay un inconveniente para ello: la escasez de tiempo. El jefe tiene que estar ya a punto de llegar. No puede tardar, según he oído, más de un día; quizá cuando salga el sol esté ya aquí.

Quisiera moverme, pero no puedo. Y mi aspecto y forma actual no son los más apropiados para conmover a Myra. Si me encontrase un poco mejor, tal vez... La idea me hace reír: Lark Chillis, el casi misántropo, en el papel del don Juan seductor e irresistible.

De pronto, sin saber cómo, me duermo.

CAPÍTULO XIII

Día 8.º, a las 9,10.

Unas voces me despiertan. A pesar de todo, sigo inmóvil en el lecho. Son Myra y Frol.

—¿Qué hace el tipo?

—Ahí lo tienes —dice ella.

—¿No ha hablado?

—Todavía no. Es terriblemente resistente.

—Si me hubieses dejado a mí...

—El jefe llega esta mañana, ¿no? Al menos, eso es lo que te dijo.

—Sí. Dentro de una hora, poco más o menos.

—Bueno, entonces te lo regalo. Yo ya he hecho todo lo que he podido. Frol suelta una risita.

—Debieras estar presente cuando Mac y yo empecemos el tratamiento... a fondo. Siento frío. ¿Qué diablos pasará entonces?

—Oye —dice Frol de pronto.

—¿Sí? —murmuró la chica.

—¿Sabes que eres muy bonita?

—Gracias —contesta Myra secamente.

Miro a través de las pestañas. Ella está en pie, junto al ventanal. Su silueta se recorta nítidamente contra el fondo iluminado de vidrio. Frol se le acerca, insinuante.

—Me gustas mucho, Myra, no lo puedo remediar —dice.

—Estás loco, Frol —responde ella—. Déjate ahora de tonterías.

—No son tonterías, Myra. Si tú quisieras...

Siento que la rabia me ahoga. Pero no puedo moverme con entera libertad. ¡Esa maldita droga!

Frol se acerca a la chica. Le pone las manazas sobre los hombros.

—Suéltame —dice Myra con voz tensa.

—Escucha, guapa; ese tipo está ahora dormido. Tú y yo...

—Aparta esas manos, Frol.

—Myra, no seas tonta. Eres una chica muy bonita y yo no soy tan mal parecido...

—¡He dicho que me dejes en paz! —exclama ella con voz más alta que de costumbre. Frol ríe.

—¿Quieres llamar la atención de Mac? Está durmiendo, derrengado; no te oirá, Y ese pájaro está borracho de pentotal, tampoco oirá nada.

Myra se debate. Empeño inútil. Frol es infinitamente más fuerte que ella.

Pelean los dos. Frol se esfuerza por besarla. Súbitamente, Myra le araña en la cara.

Frol blasfema. El arañazo le solivianta más todavía. Atrae a Myra con terrible fuerza hacia sí y acerca sus labios a los de ella. La muchacha forcejea estérilmente.

De pronto, levanta el pie y le pega una patada. Frol afloja un tanto y ella aprovecha la ocasión para dar un salto atrás. Oigo un ruido de ropa que se rasga. La blusa de Myra ha quedado en manos de Frol. Del cuello a la cintura queda desnuda.

Myra se cubre el pecho con ambos brazos. Está roja desde la frente a la cintura.

Quiero moverme, pero lo único que consigo es rodar desde la cama al suelo. Cien insultos se escapan de mi boca.

Frol está ciego. No se ha fijado en mí siquiera. Como una bestia salvaje, se arroja sobre Myra, atrapándola con sus potentes zarpas. Ella lanza un agudo chillido.

Espumarajos de rabia se escapan de la boca de Frol. Los esfuerzos de la muchacha son cada vez más débiles. Pronto llegará el momento en que sus fuerzas alcancen el límite y entonces...

Myra relaja sus músculos de repente. La cabeza se le dobla a un lado. ¿Ha perdido el conocimiento?

Frol se sorprende ligeramente, aunque no la suelta del todo. Tiene unos ojos brillantes, faunescos. Inclina su cabeza hacia, el rostro de Myra.

De pronto veo que la mano de la muchacha se mueve lentamente. ¿Qué busca Myra? Ya lo sé. La pistola de Frol, que está en su fluida sobaquera. Morbosamente fascinado, asisto al desenlace de la tremenda escena.

Suena una explosión, luego otra. Frol retrocede a sacudidas, como si le hubiesen dado dos puñetazos en el pecho.

Baja la cabeza y se mira las manchas de sangre que se confunden rápidamente en una sola. Los ojos de Myra le contemplan desorbitadamente.

De pronto, Frol lanza un ronco grito. Gira un cuarto de vuelta hacia su izquierda y se precipita contra la vidriera. Luego resbala lentamente, hasta quedar hecho un ovillo en el suelo.

—Myra. —Al fin he podido hablar.

Ella vuelve los ojos hacia mí. Su rostro se cubre instantáneamente de una capa de carmín. Con gesto precipitado, se agacha, recoge los restos de la blusa y se cubre los senos.

—Quería ayudarte... pero no podía —diga.

Mac irrumpe en la habitación bruscamente. Al ver a Frol muerto, lanza una tremenda exclamación de ira.

—Le he matado yo —dice Myra, tranquilamente. Con una mano se sujeta la blusa, en tanto que en la otra mantiene la pistola prevenida.

—¿Por qué?

—¿No te dice nada mi ropa destrozada? Mac menea la cabeza.

—No debiste hacerlo, Myra —gruñe.

—Escucha, no estoy aquí para acceder a los torpes propósitos del primer salvaje que me acose. Mi papel es muy distinto, ¿comprendes?

—El jefe se pondrá furioso cuando lo sepa, Myra.

—Peor para él —contesta ella, indiferente. Mac me dirige una mirada.

—¿Y éste?

Estoy sentado en el borde del lecho, agotado, sin ganas ya de luchar. Sólo deseo una cosa: descansar. Pero me temo que eso sea solamente una utopía, por el momento.

—No te preocupes por él —contesta Myra. Mac vuelve a mover la cabeza.

—Demasiadas muertes —comenta—. Esto no puede acabar bien, Myra.

—La culpa fue de Frol —replica ella hoscamente—. Chillis puede contar claramente todo lo que sucedió.

—Enseña un brazo desnudo, en el cual pueden verse aún las

lúvidas marcas de los dedos del muerto. —¿Qué?, ¿no te convence esto?

Mac se encoge de hombros.

—En todo caso, es al jefe a quien hay que convencer —murmura.

—De eso me encargo yo —contesta Myra. Consulta su relojito de pulsera—. No creo que el jefe tarde ya mucho. Ayúdale a bajar al comedor.

—Está bien.

Mac se acerca y pasa los hombros por debajo de mi brazo izquierdo, obligándome a levantarme. Apoyo los pies en el suelo y noto que no tengo las piernas tan flojas como parecía. De todas formas, conviene disimular en lo posible.

Día 8.º, a las 9,50.

Estamos en el comedor. Mac ha hecho café y ha tomado un par de tazas, con el aditamento de unas gotas de licor. Esto me ha reanimado notablemente.

Estoy en la cabecera de la mesa. Myra se encuentra a mi derecha. Mac permanece en pie, apoyado en la repisa de una enorme chimenea, que hay en el lado contrario. Fuma impasiblemente.

Myra ha dejado su pistola sobre la mesa, debajo de la servilleta. Sus dedos sostienen un cigarrillo humeante con notoria firmeza.

Hay un gran reloj de pared detrás de Myra. El péndulo oscila incansablemente. Es el único sonido que se escucha.

Tic, tac... tic, tac...

Los minutos van pasando lentamente. Mac tira el cigarrillo y enciende otro. Diviso el bulto de su pistola en el lado izquierdo de la chaqueta. ¡Y que haya gente como ésta circulando libremente por mi propio país!

Los engranajes del reloj se ponen en movimiento, Miro a mi derecha, por encima de la cabeza de Myra. Falta un minuto escaso para las diez de la mañana. Veremos si el jefe es puntual.

Suena la primera campanada.

Un sonido se expande con graves notas musicales que llenan el ambiente. Luego se oye la segunda campanada... y así hasta diez.

La última queda vibrando lentamente en el aire hasta desvanecerse con infinita suavidad. Siento que todos mis nervios están en tensión. Por fin voy a conocer al jefe... y ahora es cuando empezarán de nuevo los tormentos.

Si pudiese saltar hasta Mac y arrebatárle la pistola... Pero no, Myra me tiraría por la espalda. ¿Y la pistola de Myra? Está más cerca, desde luego. Podría arrojarle a ella una taza a la cara y entonces...

El chirrido de unos frenos llega hasta nosotros. Oigo el sonido de una bocina de automóvil.

—Debe de ser el jefe —murmura Mac.

—Anda a recibirlo —ordena la chica.

Mac mete la mano dentro de su chaqueta y comprueba que la pistola entra y sale fácilmente en la funda. Luego se dirige hacia la puerta.

Por fin voy a conocer al jefe.

El corazón me late con inusitada violencia. Por contra, Myra permanece impasible, con el rostro cubierto por una impenetrable máscara de inexpresividad.

Oigo voces en el vestíbulo. Una de ellas pertenece a Mac. La otra debe de ser la del jefe. Es seca, cortante, autoritaria.

La discusión se prolonga unos minutos. Sin duda, Mac está relatando al jefe lo que ha sucedido en estos ocho días interminables. Oigo de vez en cuando algún gruñido inarticulado, que son sin duda los monosílabos de asentimiento.

El diálogo se corta de pronto. Escucho ruido de pasos que se encaminan hacia el comedor.

La puerta se abre repentinamente. El jefe da dos pasos dentro de la pieza y se detiene cerca de la mesa. Clava sus ojos en los míos. Bien, ése es el jefe.

CAPÍTULO XIV

Día 8.º, a las 10,10.

Es un hombre fornido, cuadrado, de ojos sumamente perspicaces y mandíbula de granito. Tiene los ojos ligeramente oblicuos y un tanto salientes los pómulos, únicos rasgos fisonómicos que indican su procedencia oriental. Por lo demás viste correctamente, con suma discreción, y el sombrero hamburgués que lleva, le hace parecer un próspero hombre de negocios. Al verle, resulta extraño pensar en él como el jefe de una de las más eficaces redes del espionaje enemigo dentro del país.

Después de unos momentos de silencio, rodea la mesa y camina hasta situarse justo frente a la muchacha. Aparta una silla y se sienta. Mac se coloca en el mismo sitio, apoyado negligente en la chimenea.

Los ojos del jefe se hunden en mi rostro. El suyo permanece inmutable. Por fin despega los labios.

—De modo que éste es nuestro hombre.

—Sí —contesta Myra.

Hay sobre la mesa un pequeño infiernillo de alcohol, sobre el cual se apoya una cafetera de vidrio. El jefe se sirve una taza de café y empieza a beber a pequeños sorbos.

El silencio es absoluto. Sólo se oye el tictac del reloj.

El jefe termina su café. Luego saca una costosa pitillera de platino y brillantes. Esto me hace sonreír cuando recuerdo las cosas que dicen del cochino mundo capitalista. Bueno, es que él debe pasar por un puerco burgués y claro...

Saca un cigarrillo y lo enciende. Da unas cuantas chupadas y luego lo sostiene a la manera rusa, esto es, con el pulgar contra el índice y medio. Me mira largamente a través del humo.

—No tiene muy buen aspecto, Myra.

—Ha resistido increíblemente.

—Quizá, nos equivocamos al hacer nuestra elección.

—No.

El jefe la mira, levemente sorprendido.

—¿Por qué?

—Al fin ha dicho quién es K9.

Mi sorpresa es absoluta. ¡Yo no he dicho nada!

¿Es que Myra trata de salvarme?

Quiero protestar, pero una voz interna me dice que debo permanecer quieto. El jefe exclama:

—Mac, esto es nuevo para mí. —Le mira de soslayo.

—Y también para mí, jefe. A menos que el tipo haya hablado mientras usted y yo estábamos ahí afuera.

—Es posible —contesta el jefe. Dirige sus ojos hacia la chica—: ¿Myra?

—¿De veras quiere usted saber quién es

K-9?

El jefe frunce el ceño.

—Sabes de sobra que eso es lo que estamos persiguiendo hace mucho tiempo, Myra.

Es el jefe de una bien organizada red de espionaje y si logramos pescarle, toda su organización se irá al diablo. Vamos, dime quién es

K-9.

—Yo.

Día 8.º, a las 10,20.

El pronombre estalla como un pistoletazo. Los ojos del jefe se dilatan.

—¿Tú? —exclama.

—Sí. Yo soy

K-9

—afirma Myra rotundamente.

Con el rabillo del ojo, veo que Mac se remueve inquieto. Me preparo para lo peor. La explosión se va a producir enseguida.

El jefe se pone en pie de un salto. Derriba la silla con estrépito. Su mano vuela al lado izquierdo del pecho.

Entonces, Myra lo fusila a través de la mesa.

El jefe ronca. Se lleva las manos al pecho, voltea los ojos. Se le doblan las rodillas, intenta buscar un asidero, empieza a caer.

Desaparece de mi vista. Sólo quedan las manos, agarradas durante unos instantes interminables al borde de la mesa. Las manos pierden su fuerza.

Entonces percibo un movimiento. ES Mac, que saca su pistola.

La cafetera de vidrio está al alcance de mi mano. Se la arrojo al pecho. Mac chilla frenéticamente.

Salto sobre él. Le asesto un golpe de filo en la muñeca. La pistola vuela por los aires. Le agarro la cabeza con las dos manos y le golpeo la nuca contra el borde de la repisa de la chimenea. Mac pone los ojos en blanco y cae al suelo.

Myra se ha puesto en pie. Está palidísima y respira con dificultad. En ese momento, oigo rumor de pasos. Alguien irrumpe violentamente.

Los ojos se me salen de las órbitas.

Es mi jefe. Y no viene solo; algunos individuos le acompañan. Todos vienen armados.

—¡Chillis!

—Hola, jefe —digo, derrumbándome sobre la silla.

—¿Está bien?

—Sí —contesta Myra por mí—. Un poco molido, pero resistió. Me paso la mano por la cara.

—De modo que lo sabían todo —refunfuño. Mi jefe sonrío.

—Sí, pero queríamos atrapar al jefe. La lástima es que no haya podido hablar.

—Tuve que matarlo —dice Myra, dejando la pistola sobre la mesa. Parece muy cansada—. Lo siento... aunque él hizo asesinar a mis padres y a mi hermano.

Extiendo los brazos.

—Por favor, ¿quieren explicarme?

K-9

es María Konetzky y vive en Nowy Swiat, 412, Varsovia. Esta chica se llama Myra...

—Yo soy María Konetzky, Lark —sonríe ella.

—Sí, ella es

K-9

—confirma mi jefe.

Los otros agentes ya están trabajando, sin ocuparse de nosotros.

—Ellos —dice Myra— enviaban a una agente a los Estados Unidos. Su nombre era Myra Anatz. Nos apoderamos de ella y... Bueno, lo siento, pero nos interesaba descubrir la verdadera identidad del jefe, aquí, en los Estados Unidos. Yo ocupé el puesto de Myra Anatz. Nos parecíamos bastante... y, además, el jefe no entraría en contacto conmigo sino cuando ya tuviese en mi poder todos los datos que se necesitaban. Es decir, la verdadera identidad de

K-9.

—¿Y quién ocupará ahora tu puesto en Varsovia?

—Otro, cualquiera, qué más da. Siempre hay patriotas dispuestos a sacrificarse por la libertad de nuestro amado país —dice ella apasionadamente.

—Y pensar que fui reprobado por no saber resistir las pruebas físicas —murmuro. La miro acusadoramente—. Disparaste contra mí...

—No tiré a dar —sonríe ella.

—Y me golpeaste en la cabeza.

—Tenía que desempeñar fielmente mi papel.

—¿Y el pentotal?

—En principio, fuiste resistente. A la larga, sin embargo, hubieras acabado por sucumbir. Las últimas dosis eran mínimas; claro que ellos no lo sabían.

La cosa se aclara.

—¿No hay por ahí un buen trago? —pido.

Myra me llena una copa. Bebo de golpe. El jefe me da unas palmaditas en los hombros y sonríe:

—Creo que, a última hora, haremos de usted un buen y sufrido agente secreto. Le dirijo una mirada fulminante.

—¡Ni hablar! Quizá, dimita y envíe su maldito archivo al diablo —exclamo, airado.

—Eh, jefe —dice de pronto, uno de los agentes—. Este tipo vive todavía. Mac rebulle y se queja.

—Pueden meterlo un ratito en la celda de paredes de acero —apunto—. Y aplíquenle un tratamiento a fondo.

—Sí —dice el jefe, meditabundo—. Los malditos. Tenían esta

casa especialmente dispuesta para torturar a sus prisioneros. Cuando excavemos el jardín vamos a encontrar bastantes cadáveres.

Eso me hace estremecer. Todavía estoy débil, pero aún puedo ponerme en pie.

—Jefe —digo.

El hombre vuelve los ojos hacia mí.

—¿Sí, Chillis?

—Voy a tomarme un mes entero de vacaciones.

—Le quedan menos de dos semanas —advierte severo—. Si tarda más tiempo, se lo descontaré de su sueldo.

—¿Ah, sí? —digo, mordiendo las palabras—. Entonces, descuénteme dos meses.

—¿Eh, qué es lo que va a hacer, Chillis? —pregunta mi jefe, alarmado. Agarro la mano de Myra.

—Casarme. Lo más pronto que pueda.

Tiro de la chica hacia la salida. Los dos corremos. Ella ríe, feliz, satisfecha. Sus nubes se han disipado por completo.

Atravesamos el vestíbulo. Ahora no nos detiene nada, pero me paro repentinamente.

—Myra.

—¿Qué, Lark? —exclama ella ansiosamente.

—¿Sabes?, ese nombre me gusta más que el tuyo verdadero.

—Puedes seguir usándolo toda la vida, Lark.

—Eso es lo que pienso hacer, mi vida —contesto. Y vuelvo a tirar de ella hacia afuera.

Cruzamos la puerta. El sol nos da de lleno. No hay ni una sola nube en el cielo. Nuestras horas en rojo se han acabado ya.

Los ojos de Myra y los míos se encuentran. De pronto, con unánime impulso, echamos a correr hacia el auto más próximo. Subimos, nos acomodamos, lo pongo en marcha y arranco a toda velocidad.

Sólo falta una palabra:

Día 8.º, a las 11,01.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Auténtico. < <